

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 53

LA CONCIENCIA

“Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres”.

Hechos 24:16

Nuestro propósito

“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia de Dios en la salvación y promover santidad verdadera en el corazón y la vida”.

Portavoz de la Gracia

53

La conciencia

Contenido

Carta pastoral	1
<i>Jeff Pollard</i>	
Nuestro mejor amigo o nuestro peor enemigo	3
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
La naturaleza de la conciencia	8
<i>Richard Sibbes (1577-1635)</i>	
Los deberes de la conciencia.....	14
<i>William Perkins (1558-1602)</i>	
Todos tenemos una conciencia	19
<i>William Fenner (1600-1640)</i>	
Una conciencia corrupta	23
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Una conciencia cargada por el pecado.....	28
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
Ministros y conciencias.....	34
<i>William Fenner (1600-1640)</i>	
Una conciencia condenada.....	37
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
Una buena conciencia	42
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Una conciencia en paz	47
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
Un poco de religión por el bien de la conciencia.....	51
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2025 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

CARTA PASTORAL

Queridos hermanos,

EDMUND Calamy (1600-1666) dijo: “En estos días sin conciencia... la mayoría de la gente peca descuidadamente contra la conciencia. Algunos han pecado tanto contra la conciencia por tanto tiempo que han perdido toda conciencia de pecado”. Calamy estaba predicando a personas del siglo XVII. Pero su mensaje se lee como una ardiente visión profética de la corrupción moral y la perversión de nuestros días. Y con sus palabras, debemos tener presente que “es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?” (1 P. 4:17). La lista de cosas que se hacen “sin conciencia” es larga y condenatoria; así que, empecemos por la casa de Dios. Pocos pastores tienen una conciencia cargada con la infalible palabra de Dios, un corazón cargado con la presencia y el poder del Espíritu, una boca llena, tanto con la bondad como con la severidad de Dios, el consuelo y el castigo de Dios, la gracia y la ley de Dios. *¡Sin conciencia!* Pocos son conducidos por el amor a Cristo tal como Él es, el hambre de santidad para sí mismos o para el pueblo de Cristo, la agonía por las almas perdidas que, seguramente, yacerán en las llamas del infierno sin Cristo. *¡Sin conciencia!* El número de predicadores famosos [“celebridades”], predicadores y oficiales de iglesia adúlteros, líderes adictos a la pornografía, líderes y miembros pedófilos, aumenta cada día. *¡Sin conciencia!* Los miembros de la iglesia manifiestan un mayor amor por el mundo; por sus vientres; por sus comodidades; por su adoración a Disney, a sus ídolos de Hollywood, los deportes y la música, que por el crucificado y resucitado Señor de la gloria, Jesucristo. *¡Sin conciencia!* Hay poca o ninguna hambre por la palabra de Dios, una vida de vibrante oración, la búsqueda de la santidad, el conocimiento de la doctrina bíblica básica o el amor por la adoración bíblica. *¡Sin conciencia!* El gobierno corrupto, los medios de comunicación mentirosos, la ideología marxista, la tiranía médica, la perversión sexual de todo tipo concebible en todas las instituciones de nuestra nación, desfilan con descaro y desvergüenza. *¡Sin conciencia!* Nuestra nación y nuestras iglesias parecen haber perdido toda conciencia de pecado.

¿Dónde, dónde están las conciencias del pueblo de Dios en nuestra época sin conciencia? Pero amigo, tú tienes una conciencia. Dios te la dio. Aunque está corrompida por tu sucio pecado, oscurecida por sentimientos confusos y desorientada por falsa información. Nuestras conciencias *necesitan* la sangre purificadora de Cristo, la iluminación del Espíritu Santo y la infalible instrucción de las Escrituras. Nuestra cultura y sus instituciones nunca funcionarán como Dios manda sin esos vitales remedios.

Por esta razón, ofrecemos el *Portavoz de la Gracia: La conciencia*. Oramos con todo nuestro corazón y alma para que el Espíritu de Dios lo use para el bien eterno de todos los que lo lean. Arthur Pink introduce este vital tema, definiendo la conciencia y describiéndola como nuestro mejor amigo o nuestro peor enemigo. Richard Sibbes explica, maravillosamente, la naturaleza de la conciencia y por qué Dios nos la ha dado. William Perkins enumera, útilmente, los deberes de la conciencia como dar testimonio y juzgar. A continuación, William Fenner demuestra que todos tenemos una conciencia y da otras razones por las que Dios nos la dio. En un segundo artículo, Arthur Pink nos ayuda a comprender que nuestra conciencia ha sido corrompida por el pecado, que sólo es capaz de funcionar según la luz que tiene y que sus operaciones son defectuosas. John Flavel nos adentra, profundamente, en la conciencia cargada por el pecado y ¡qué viaje! Él escribe sobre el agobiante sentido del pecado, los recuerdos de nuestro pecado y la condenación de la conciencia. En su segundo artículo, William Fenner nos informa que los ministros deben conocer el estado espiritual de sus rebaños para ministrar, correctamente, la Palabra a la conciencia del pueblo de Dios. De nuevo, John Flavel revela la miseria de una conciencia en el infierno —una conciencia condenada—. Sí amigos, las conciencias seguirán a los perdidos al infierno. Misericordiosamente, en su tercer artículo, Pink nos lleva al reconfortante reino de una buena conciencia: ¿cómo la obtenemos?, ¿cuáles son sus características y cómo la mantenemos? J. C. Ryle nos dice que nada en nuestra guerra evangélica contra el pecado es más adecuado para calmar, aliviar y reconfortar una conciencia enfurecida que la justificación por la *sola* gracia, mediante la *sola* fe en *sólo* Cristo. Por último, Charles Spurgeon advierte contra el uso de prácticas externas y un poco de religión para calmar nuestra conciencia: Eso puede ser eternamente mortal. Como siempre, el gozo de la salvación y el paraíso terrenal de una conciencia tranquila, sólo se encuentran en la obra consumada de Cristo y en el poder regenerador del Espíritu Santo.

Oh precioso lector, “acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió” (He. 10:22-23) y con el corazón ardiendo de amor por Cristo, sigamos el ejemplo de Pablo: “Por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hch. 24:16).

Un tizón escapado del fuego,

Jeff Pollard



NUESTRO MEJOR AMIGO O NUESTRO PEOR ENEMIGO

Arthur W. Pink (1886-1952)

“Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (Hebreos 13:18).

LA conciencia es la facultad del alma que nos permite percibir la conducta en relación con lo correcto y lo incorrecto, el principio interno que decide sobre la legalidad o ilegalidad de nuestros deseos y acciones¹. La conciencia ha sido, bien llamada, el *sentido* moral porque corresponde a aquellas facultades físicas por las que tenemos comunicación con el mundo exterior, a saber, los cinco sentidos de la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato. El hombre tiene un instinto ético, una facultad o sensibilidad moral que le informa y le genera impresiones. “Es mucho más elevada en escala y más aguda en sus percepciones

¹ **Nota del editor** – Teólogos y comentaristas han definido la *conciencia* de numerosas maneras a lo largo de la historia de la Iglesia. Por ejemplo: “La conciencia es una parte del entendimiento en todas las criaturas razonables, que determina sus acciones particulares, ya sea a favor de ellas o en contra de ellas” (*William Perkins*). “El juicio que un hombre tiene de sí mismo, de acuerdo con el juicio de Dios sobre él” (*William Ames*). “Es un poder delegado en el alma del hombre por Dios, que recibe órdenes de Él y de su voluntad y Palabra reveladas, y acusa o defiende al hombre, según Él lo indique” (*James Durham*). “¿Qué es la conciencia, sino el alma misma reflexionando sobre sí misma?” (*Richard Sibbes*). Beeke y Jones resumen el punto de vista puritano: “Los puritanos vieron la conciencia como la razón en acción en asuntos prácticos y morales —es decir, la razón aprobando juicios sobre lo que está bien y lo que está mal—. Así como los puritanos llamaron a la conciencia, ‘la diputada de Dios y vice-regente dentro de nosotros’, ‘el espía de Dios en nuestro seno’ y ‘el sargento que Dios empleó para arrestar al pecador’, no debemos descartar estas ideas como fantasías pintorescas. Representan un intento serio de hacer justicia a la concepción bíblica y humana de la conciencia que nuestra experiencia representa: Ver la conciencia como *el testigo* declarando hechos (Ro. 9:1; 2 Co. 1:12); *un mentor* prohibiendo el mal y prescribiendo estándares (Hch. 24:16; Ro. 13:5) y *un juez* contándonos de nuestra mala deserción (1 Jn. 3:20-21). El Nuevo Testamento confirma esta definición. Por ejemplo, Pablo testifica en Romanos 2:15: “Mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos”. En pocas palabras, los puritanos enseñaron que la conciencia funciona como un sistema nervioso espiritual, el cual usa la culpa para informarnos que algo está mal y necesita corrección. Fallar en escuchar las advertencias de la conciencia, sólo puede llevar a que se endurezca o se cauterice la conciencia, lo cual, al final, nos traerá destrucción. [Richard] Sibbes comparó la autoridad de la conciencia con un tribunal divino dentro del alma humana” (Joel R. Beeke y Mark Jones, *Una Teología puritana: Doctrina para la vida* [*A Puritan Theology: Doctrine for Life*]. Grand Rapids, Reformation Heritage Books, 2012), 912).

que cualquier mero sentido corporal. Hay un ojo interior que ve la naturaleza de lo correcto y lo incorrecto; un oído interior, sensible al más leve susurro de obligación moral; un tacto interior que siente la presión del deber y responde a él con simpatía”².

La conciencia es el principio misterioso que da testimonio en nuestro interior para bien o para mal. Por lo tanto, es el centro mismo de la responsabilidad humana porque aumenta en gran medida su condenación, el que el hombre continúe pecando contra los dictados de este centinela³ interno. La conciencia nos proporciona auto-conocimiento y auto-juicio, lo que da lugar a la auto-aprobación⁴ o auto-condenación, según nuestra medida de luz. Es una parte del entendimiento en todas las criaturas racionales que juzga todas las acciones, a favor o en contra de ellas. Da testimonio de nuestros pensamientos, afectos y acciones—porque reflexiona y sopesa todo lo que se propone a la mente y por medio de ella. Que da testimonio de las *emociones* queda claro en: “Mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón” (Ro. 9:1-2). Así también, leemos: “Tampoco apliques tu corazón a todas las cosas que se hablan, para que no oigas a tu siervo cuando dice mal de ti; porque tu corazón [conciencia] sabe que tú [interiormente] también dijiste mal de otros muchas veces” (Ec. 7:21-22). El alma oye su voz en secreto, informándonos sobre lo bueno y lo malo de las cosas.

Que la conciencia existe en los no regenerados está claro por la declaración de Pablo acerca de los gentiles: “Mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos” (Ro. 2:15). Aunque los paganos nunca recibieron las Escrituras como Israel, sin embargo, tenían dentro de sí, aquello que los acusaba o los excusaba. Hay en todo hombre (excepto en el idiota), aquello que le reprende por sus pecados, sí, por aquellos pecados más secretos de los que nadie está al tanto, excepto ellos mismos. Los hombres malvados tratan de sofocar esas reprimendas internas, pero rara vez tienen éxito. “Los pecadores se asombraron en Sion, espanto sobrecogió a los hipócritas” (Is. 33:14). Los hombres no regenerados carecen de fe, pero no de temor: “Huye el impío sin que nadie lo persiga” (Pr. 28:1). Hay dentro del hombre, aquello que horroriza al pecador más valiente, después de cometer cualquier grave maldad: Su propio corazón lo reprende.

El Creador ha dotado al alma humana de varias facultades, tales como

² Arthur Tappan Pierson (1837-1911) – Predicador y autor presbiteriano.

³ Centinela – Soldado o guardia cuyo trabajo es estar de pie y vigilar.

⁴ Auto-aprobación – Auto-consentimiento.

el entendimiento, los afectos y la voluntad; y también le ha otorgado este poder de considerar su propio estado y acciones, tanto internas como externas, constituyendo la conciencia tanto un vigilante como un juez dentro del propio seno del hombre —un vigilante para advertir del deber, un juez para condenar por la negligencia del mismo—... Es una parte intrínseca⁵ de nuestro propio ser. La conciencia anticipa la Gran Asamblea⁶ del Día venidero, pues obliga al hombre a emitir un veredicto sobre sí mismo, dado que está sujeto al juicio de Dios. Reside en el entendimiento como queda claro en 1 Corintios 2:11, donde la conciencia es llamada nuestro “espíritu”.

La presencia de la conciencia en el hombre, proporciona una de las demostraciones más claras de la existencia de Dios. A este hecho, apela el Espíritu Santo en Salmos 53: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios” (v. 1). Ahora, ¿cómo prueba que hay un Dios? Así: “Allí se sobresaltaron de pavor donde no había miedo” (v. 5). Aunque no había ninguna causa externa para el miedo, nadie tratando de hacerles daño, sin embargo, incluso los que vivían de manera más atea, estaban bajo temor. Una ilustración se ve en el caso de los hermanos de José, quienes se acusaron a sí mismos cuando no había nadie más para acusarlos: “Y decían el uno al otro: Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano” (Gn. 42:21). Aunque un hombre se esconda de todo el mundo, no puede escapar de sí mismo —su corazón lo perseguirá y lo condenará—. Ahora, el mismo hecho de que exista un temor tan oculto en el hombre después de pecar —que su corazón lo castigue por los crímenes cometidos en secreto— es una prueba de que existe un Dios.

Este temor se encuentra en los pecadores más obstinados y en aquellos que, debido a su elevada posición y poder, están exentos de la justicia humana. La historia registra cómo reyes y emperadores han seguido su maldad sin interferencia; sin embargo, incluso el infame Calígula⁷, tembló cuando tronó. No era un temor de que el hombre pudiera descubrirlos y castigarlos porque, en algunos casos notables, este temor prevaleció hasta tal punto que el castigo humano habría sido un alivio bienvenido y, a falta del cual, se vieron obligados a recurrir a la violencia sobre sí mismos. ¿Cuál puede ser la razón de esto, sino que temían a un Juez y Vengador que les pediría cuentas? Como el Apóstol dijo a los paganos: “...Quienes habiendo entendido el juicio de Dios” (Ro. 1:32): Hay un testigo en sus propias almas de que están sujetos a la justicia de Dios. Nota la espantosa consternación de Belsasar: “Entonces el rey palideció, y sus

⁵ **Intrínseco** – Perteneciente a algo como característica básica y esencial de lo que es.

⁶ **Gran Asamblea** – Día del Juicio.

⁷ **Calígula** (12-41 d.C.) – Emperador romano, conocido por su tiranía y crueldad.

pensamientos lo turbaron, y se debilitaron sus lomos, y sus rodillas daban la una contra la otra” (Dn. 5:6).

“No hay nada en el hombre que desafíe más y exija una explicación adecuada que su sentido moral. La conciencia es un tribunal que siempre está en sesión y es imperativo en su convocatoria. Nadie puede evadirlo o silenciar sus acusaciones. Es un tribunal completo. Tiene un juez en su banquillo y ese juez no se dejará sobornar para que tome una decisión laxa. Tiene su estrado de testigos y puede traer testigos de todo el territorio de la vida pasada. Tiene su jurado, listo para dar un veredicto, ‘culpable’ o ‘no culpable’, en estricta conformidad con la evidencia; y tiene su alguacil, el *remordimiento*, con su látigo de escorpiones, listo para azotar al alma convicta. Lo más cercano en este mundo al tribunal⁸ de Dios es el estrado de la conciencia. Y aunque por un tiempo esté drogado en una apatía parcial o embriagado por el placer mundano, llega el momento en que, en toda la majestad de su autoridad imperial, este tribunal llama a su estrado a todo transgresor y le pide cuentas estrictas”⁹.

Pero, aunque la presencia de la conciencia en nosotros da testimonio de la existencia de un Dios santo, justo, que odia y rechaza el pecado, no es correcto decir (como han hecho algunos) que la conciencia es la voz de Dios que habla en el alma; más bien, es aquella facultad que *responde* a lo que Él dice. Cuando Cristo declaró: “El que tiene oídos para oír, oiga” (Mt. 11:15), se refería a aquel que tiene una conciencia en sintonía con el Altísimo, que desea conocer su voluntad y someterse a su autoridad. La conciencia se sienta en el banquillo del corazón como vice-regente¹⁰ de Dios, absolviendo o acusando. Así actúa en el hombre natural; pero en el regenerado, es una conciencia piadosa, guiada en sus operaciones por el Espíritu Santo, dando su testimonio a favor o en contra del creyente, según su carácter y conducta, hacia Dios y hacia los hombres.

El término actual *conciencia*, se deriva de *scio*, “conocer”, y *con*, “con”. Hay algunas diferencias de opinión en cuanto a la aplicación precisa del prefijo, si se trata de un conocimiento que tenemos en común con Dios o de un conocimiento conforme a su Ley. En realidad, es una distinción con poca diferencia. El “conocimiento” es de un solo individuo por sí mismo, pero este “conocimiento *con*” es cuando, al menos dos, comparten el mismo secreto, cualquiera de ellos lo conoce junto con el otro. La conciencia, entonces, es esa facultad que *une a dos* y los asocia en el conocimiento. Esto es entre el hombre y Dios. Dios conoce, perfectamente,

⁸ **Tribunal** – Lugar donde los jueces y abogados se sientan para juzgar los casos; en este caso, ilustrando la silla de juicio de Dios.

⁹ *Pierson*.

¹⁰ **Vice-regente** – Persona nombrada para actuar como un diputado administrativo.

todas las acciones de un hombre, por muy cuidadosamente que las oculte; y el hombre, por esta facultad, también conoce, junto con Dios, las mismas cosas de sí mismo. De ahí que leemos de la “conciencia delante de Dios” (1 P. 2:19)... La conciencia es el vice-regente de Dios, que actúa para Él y bajo Él.

Por tanto, como el propio término implica, la conciencia debe tener una *regla* por la que regirse: “Conocimiento junto con”. No es sólo conocimiento, sino conocimiento unido a una *norma*, según la cual se lleva a cabo un proceso de juicio interior. Ahora, nuestra única norma adecuada es la Palabra o voluntad revelada de Dios. Ésta está dividida en dos partes: Lo que Dios dice al hombre en su santa Ley y lo que le dice en su bendito Evangelio. Si la conciencia se aparta de esa regla, entonces es una conciencia rebelde. Ha dejado de hablar y juzgar por Dios; entonces, la luz se convierte en tinieblas en el hombre porque el ojo (interior) se ha vuelto maligno (Mt. 6:23). En su condición primitiva, el hombre sólo tenía la Ley. El trabajo propio de la conciencia, entonces, era hablar advirtiendo y condenando en estricta conformidad con esa regla y no permitir ninguna otra. Pero nuestros primeros padres escucharon la mentira de Satanás, quebrantaron la Ley y cayeron bajo su condenación.

Dondequiera que vayamos, la conciencia nos acompaña. Todo lo que pensamos o hacemos, ella lo graba y lo registra [con vistas al] Día de las cuentas. “Cuando todos los amigos te abandonen, sí, cuando tu alma abandone tu cuerpo, la conciencia no te abandonará, no puede abandonarte. ¡Cuando tu cuerpo está más débil y embotado, tu conciencia está más vigorosa y activa! Nunca hay más vida en la conciencia que cuando la muerte se acerca más al cuerpo. Cuando sonrío, alegre, absuelve y consuela, ¡oh, qué cielo crea en el hombre interior! Y cuando frunce el ceño, condena y aterroriza, ¿cómo nubla, sí, oscurece todos los placeres, gozos y deleites de este mundo?... Es, ciertamente, el mejor de los amigos o el peor de los enemigos de toda la creación. Esto es la conciencia”¹¹.

Tomado de Una exposición de Hebreos en Estudios en las Escrituras
(*An Exposition of Hebrews, in Studies in the Scriptures*), enero de 1938;
disponible en CHAPEL LIBRARY.

Arthur W. Pink (1886-1952): Pastor, maestro bíblico itinerante y autor; nacido en Nottingham, Inglaterra, Reino Unido.



¹¹ John Flavel, Las obras completas del reverendo John Flavel (*The Whole Works of the Reverend John Flavel*), vol. 4 (London; Edinburgh; Dublin: W. Baynes and Son; Waugh and Innes; M. Keene, 1820), 272.

LA NATURALEZA DE LA CONCIENCIA

Richard Sibbes (1577-1635)

TODO hombre siente y sabe lo que significa la conciencia. Hay muchas disputas rígidas sobre ella entre los escolásticos¹... Tienen muchas discusiones estridentes² sobre la descripción de ella, si es el alma misma, una facultad³ o un acto.

En una palabra, la conciencia es todo esto, de alguna manera, en diversos aspectos. Por lo tanto, no voy a discutir sobre ninguna opinión en particular.

1. *Pero, ¿qué es la conciencia, sino el alma misma reflexionando sobre sí misma?* Es una propiedad y una excelencia del alma racional que pueda volver sobre sí misma. La bestia... no puede volver sobre sí misma y retroceder. Pero el alma de la criatura racional... se conoce a sí misma y comprende su propia excelencia. Y dondequiera que hay entendimiento, hay un acto de reflexión por el cual, el alma vuelve sobre sí misma y conoce lo que hace. Conoce lo que quiere; conoce lo que esto afecta... Es la propiedad del alma. Por lo tanto, la palabra original en el Antiguo Testamento que significa el corazón, se toma para la conciencia⁴. La conciencia y el corazón son una sola cosa. Estoy convencido en mi alma, es decir, en mi conciencia; y el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, es decir, a nuestra conciencia. La conciencia es llamada el espíritu, el corazón, el alma porque no es otra cosa que el alma reflexionando y volviendo sobre sí misma.

Por eso es llamada *conciencia*, es decir, un conocimiento unido a otro porque la conciencia se conoce a sí misma y conoce lo que conoce. Conoce lo que es el corazón. No sólo se conoce a sí misma, sino que es un conocimiento del corazón *con* Dios. Es llamada *conciencia* porque conoce *con* Dios; porque lo que la conciencia conoce, lo conoce Dios, quien está por encima de la conciencia. Es un conocimiento con Dios y un conocimiento del hombre de sí mismo. Y así, puede ser el alma misma, dotada

¹ **Escolásticos** – Maestros de filosofía y teología de la Edad Media. Entre ellos se encuentran Tomás de Aquino (1225-1274) y John Duns Escoto (c. 1265-1308).

² **Discusión estridente** – Disputa ruidosa; debate polémico.

³ **Facultad** – Poder de la mente.

⁴ **Nota del editor** – “La palabra original en el Antiguo Testamento que significa corazón, se toma para la conciencia”. Cf. Gesenius, *Thesaurus philologicus criticus linguae hebraeae et chaldaee Veteris Testamenti*, vol. 1-3, 1835.

de esa excelente facultad de reflexionar y volver sobre sí misma. Por eso, juzga sus propios actos porque puede volver sobre sí misma.

2. La conciencia también puede considerarse, en cierto modo, una facultad. La corriente común⁵ sostiene que es un poder. No es un poder único, sino que la conciencia está en todos los poderes del alma porque está en el entendimiento y allí gobierna. La conciencia es aquello por lo que [el alma] se rige y guía. La conciencia no es más que una aplicación de ella a algo en particular, a algo que conoce, a algunas reglas que conoce de antemano. La conciencia está en la voluntad, en los afectos, el gozo de la conciencia y la paz de la conciencia, y así recorre toda el alma. No es una facultad o dos, sino que está establecida en todas las facultades.

3. Y algunos necesitarán tener un acto, un acto particular, y no un poder. Cuando *ejerce* la conciencia, es un acto. Cuando acusa, defiende o testifica, es un acto. En ese momento, es una facultad en acción. De modo que no necesitamos discutir si es esto o aquello. Comprendamos lo mejor que podamos en nuestras nociones: Es el alma, el corazón, el espíritu de un hombre que vuelve sobre sí mismo; esto tiene algo que ver con todos los poderes y es un acto en sí mismo cuando se mueve para acusar o para excusar; para castigar a un hombre con temores y terrores, o para consolarlo con gozo y cosas semejantes.

Ahora, la conciencia es una cosa excelentísima —está por encima de la razón y del sentido— porque la conciencia está bajo Dios y tiene siempre los ojos puestos en Dios. Por lo tanto, un ateo no puede tener conciencia porque elimina el fundamento de la conciencia, que es la mirada puesta en Dios. La conciencia mira a Dios. Está puesta como delegada y vice-regente de Dios en el hombre. Ahora, ésta está por encima de la razón en este aspecto. La razón dice [que] debes hacer esto: Es algo agradable, es algo aceptable para los hombres entre los que vives y con los que te relacionas, es propio de tu condición de hombre comportarte así, concuerda con las reglas y principios de la naturaleza que hay en ti. Así lo dice la razón y son buenos motivos de la razón. Pero la conciencia va más allá. Hay un Dios a quien debo responder; hay un juicio —por lo tanto, hago esto y, por lo tanto, no hago esto—. Es un poder más divino y más excelente en el hombre que cualquier otra cosa —que el sentido, la razón o lo que sea—. Así como Dios la plantó para un uso especial, así también mira a Dios en todo.

⁵ Corriente común – Consenso de pensamiento sobre la conciencia.

Por lo tanto, el nombre de la conciencia en griego y latín significa “un conocimiento con otro” porque es un conocimiento *con* Dios. “Dios y mi propio corazón lo saben. Dios y mi conciencia”⁶, como solemos decir.

Hay tres cosas unidas a la conciencia.

1. *Es un conocimiento con una regla —una regla general—*. Ese es siempre el fundamento de la conciencia en un hombre. Porque hay una regla general: Cualquiera que comete homicidio, cualquiera que comete adulterio, cualquiera que es blasfemo, maldiciente, avaro, corrupto, “no heredará el reino de Dios” (1 Co. 6:9), como dice el Apóstol. He aquí la regla general. Ahora la conciencia la aplica: “Pero yo *soy* ese tal, por lo tanto, no entraré en el cielo”. Así pues, aquí la conciencia [se hace] práctica con una regla. Es un conocimiento de esos detalles con una regla general. Y entonces,...

2. *Es un conocimiento de mí mismo —de mi propio corazón—*. Conozco lo que he hecho, conozco lo que hago y de qué manera, si con hipocresía o sinceridad; conozco lo que pienso. Y luego,...

3. *Es un conocimiento con Dios*. Porque Dios conoce lo que conoce la conciencia. Él conoce lo que se piensa o se hace. La conciencia está por encima de mí y Dios está por encima de la conciencia. La conciencia está por encima de mí y de todos los hombres del mundo porque está inmediatamente subyugada⁷ a Dios. La conciencia conoce más que el mundo y Dios conoce mil veces más que la conciencia o el mundo. Es un conocimiento con una regla general; pues donde no hay regla general, no hay conciencia. Para hacer esto un poco más claro, todos tienen una regla. Los que no tienen la Palabra, que es la mejor regla de todas, sin embargo, tienen la Palabra escrita en sus corazones. Tienen una judicatura⁸ natural en sus almas: “Dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos” (Ro. 2:15). Tienen una regla general: “No debes hacer el mal; debes hacer lo que es correcto”.

En el alma hay un tesoro de reglas por naturaleza. La Palabra añade más reglas —la *Ley* y el *Evangelio*—. Y la parte del alma que conserva las reglas es llamado *intelecto* porque conserva las reglas. Todos los hombres por naturaleza, las tienen grabadas en el alma. Por lo tanto, los paganos eran exactos en las reglas de justicia, en los principios que por naturaleza tenían injertados y plantados en ellos.

⁶ **Nota del editor** – El nombre de conciencia, en griego y latín, significa “conocimiento con otro”, es decir, συνείδησις = Conocimiento con uno mismo, conciencia; y *conscientia* (*con-scio*) = Conocimiento conjunto.

⁷ **Inmediatamente subyugada** – Está en sumisión directa.

⁸ **Judicatura** – Corte de justicia.

Ahora, debido a que la copia de la imagen de Dios —la ley de Dios escrita en la naturaleza— estaba muy distorsionada desde la Caída, Dios dio una nueva copia de su Ley, que era más precisa. Por lo tanto, los judíos, que tenían la palabra de Dios, deberían haber tenido más conciencia que los paganos porque tenían una regla general mejor. Y ahora, teniendo también el Evangelio, que es una regla más evangélica, deberíamos ser más exigentes en nuestras vidas que ellos.

Pero todo hombre en el mundo tiene una regla. Si los hombres pecan sin la ley, serán juzgados sin la ley (Ro. 2:12) por los principios de la naturaleza. Si pecan bajo el Evangelio, serán juzgados por la Palabra y el Evangelio. Entonces, la conciencia es un conocimiento con una regla, [un conocimiento de] las acciones particulares que he hecho y un conocimiento con Dios.

En una palabra, para aclarar esto aún más en cuanto a la naturaleza de la conciencia, debes saber que Dios ha establecido un tribunal en el hombre; y hay en el hombre todo lo que hay en un tribunal.

1. Hay un *registrador*⁹ para tomar nota de lo que hemos hecho. Además de la regla general, que es la base y el fundamento de todo, está la conciencia, que es un registro para anotar exactamente todo lo que hemos hecho. La conciencia lleva un diario. Lo anota todo. Una vez la conciencia está despierta, no se olvida, aunque creamos que sí. Como en Jeremías 17:1: “El pecado de Judá escrito está con cincel de hierro y con punta de diamante” sobre sus almas. Todo su ingenio y astucia no lo borrarán. Puede ser olvidado por un tiempo por el furor de las concupiscencias o por una cosa u otra, pero hay un registrador que lo anota. La conciencia es el registrador.

2. Y luego, están los *testigos*: El testimonio de la conciencia. La conciencia atestigua: “Esto he hecho, esto no he hecho”.

3. Hay un *acusador con el testigo*. La conciencia acusa o defiende.

4. Luego, hay un *juez*. La conciencia es el juez. Allí juzga: “Esto está bien hecho, esto está mal¹⁰ hecho”.

5. Luego hay un *verdugo*. La conciencia es esto también. Tras la acusación y el juicio, hay castigo. El primer castigo está siempre dentro del hombre antes de ir al infierno. El castigo de la conciencia es un juicio antes del juicio futuro. Hay un destello del infierno, inmediatamente después de una mala acción. Los paganos pueden observar que Dios ha creado el corazón y el cerebro, de modo que haya una simpatía entre ellos. Todo lo que

⁹ **Registrador** – Funcionario o persona cuya actividad consiste en anotar en un libro las cuentas de las transacciones, en particular, de los actos y procedimientos de los tribunales.

¹⁰ **Mal** – De manera malvada.

está en el entendimiento que es bueno y cómodo, el entendimiento en el cerebro lo envía al corazón y genera algún consuelo. Si el entendimiento percibe cosas dolorosas, asuntos malvados, entonces el corazón se turba, como “se turbó el corazón de David” (1 S. 24:5). El corazón se turba de dolor por el presente y de temor por el tiempo venidero.

En las cosas buenas, una buena conciencia que no acusa, trae gozo en el presente y esperanza para el tiempo venidero.

Dios ha establecido y plantado en el hombre, este tribunal de la conciencia; y ésta es la sala de justicia de Dios, en la que celebra su primer juicio, en la que celebra sus audiencias¹¹. Y la conciencia hace todas las partes. Registra, atestigua, acusa, juzga, ejecuta —lo hace todo—.

Además de su amor por nosotros para guardarnos del pecado y, luego de azotarnos para llevarnos a la conversión y al arrepentimiento, apartándonos de nuestros pecados y volviéndonos a Dios, un fin principal entre los demás, es tener un juicio previo que da paso al juicio eterno de Dios porque allí, las cosas son juzgadas antes. Cuando Dios abra el libro de la conciencia, cuando esté escrito allí por ese registrador, tendremos mucho que hacer para excusarnos o para alegar que necesitamos muchos testigos porque nuestra conciencia *nos acusará*. Seremos auto-acusadores y auto-condenadores, como dice el Apóstol. La conciencia tomará parte con Dios y Dios tomará parte con la conciencia. Y Dios la ha plantado con este fin principal para que Él pueda ser justificado en la condenación de los hombres impíos en el Día del Juicio.

Ahora ves, en general, cuál es la naturaleza de la conciencia y por qué Dios la ha plantado en nosotros.

Tomado de Las obras completas de Richard Sibbes (*The Complete Works of Richard Sibbes*), vol. 3 (Edinburgh; London; Dublin: James Nichol; James Nisbet and Co.; W. Robertson, 1862), 208-212, de dominio público.

Richard Sibbes (1577-1635): Predicador de la época temprana puritana en Cambridge y, más tarde, en Gray's Inn, Londres; nacido en Tostock, Suffolk, Inglaterra, Reino Unido.



La conciencia, en lo que respecta a nosotros mismos, es... el poder de entendimiento de nuestras almas examinando cómo están las cosas entre Dios y nosotros, comparando su voluntad revelada con nuestro estado, condición y conducta en pensamientos, palabras u obras, hechas u omitidas, y emitiendo un juicio al respecto, según lo requiera el caso. —*David Dickson*

¹¹ **Audiencias** – Sesiones de una sala de justicia o tribunal.

Dios y la conciencia anotan y observan todo. —*Richard Sibbes*

Hay cuatro clases de conciencias: Algunas malas e inquietas, otras malas y tranquilas, otras buenas e inquietas, otras buenas y tranquilas. ¡Que una conciencia sea mala y tranquila es el peor temperamento que puede haber! Es mejor tener una conciencia mala e intranquila que una mala y tranquila; mejor tener un [infierno] atormentador en el alma que un paraíso de necios. El mejor estado de conciencia es la conciencia buena y tranquila. Éste es un paraíso en la tierra... una mansión en la que puede habitar la Trinidad. —*Edmund Calamy*

Quien toma el mejor y más sabio proceder bajo el cielo para preservar su buen nombre en el mundo y mantener la paz de su conciencia, es el que más estudia y se esfuerza por abstenerse de toda apariencia de maldad (1 Ts. 5:22). —*Thomas Brooks*

En estos días sin conciencia... la mayoría de la gente peca, descuidadamente, contra la conciencia. Algunos han pecado tanto contra la conciencia por tanto tiempo que han perdido toda conciencia de pecado. —*Edmund Calamy*

La conciencia es el predicador de Dios en nuestro pecho y es una regla muy cierta que el hombre que no respeta al predicador que lleva en su pecho, nunca respetará al predicador en el púlpito. Y la razón por la que el predicador en el púlpito no hace más bien es porque el predicador en el pecho es demasiado despreciado y descuidado. —*Edmund Calamy*

No debemos pecar con la esperanza de ocultarlo. Y si lo ocultas a todos los demás, ¿puedes ocultarlo a tu propia conciencia? Como bien dice alguien: “¿De qué te sirve que nadie sepa lo que haces, si tú mismo lo sabes? ¿De qué le sirve al que tiene una conciencia que lo acusa, si no tiene a nadie que lo acuse, sino él mismo? Él es mil testigos de sí mismo”. La conciencia no es un testigo privado. Es mil testigos. Por lo tanto, nunca peques con la esperanza de tenerlo oculto. Es mejor que todos los hombres lo sepan a que tú mismo lo sepas. Un día todo estará escrito en tu frente. La conciencia será muy comunicativa. Si no puede decir la verdad ahora, aunque sea sobornada en esta vida, tendrá poder y eficacia en la vida venidera. Nunca peques, por lo tanto, con la esperanza de ocultarlo. La conciencia es testigo. Tenemos el testigo en nosotros y como dice Isaías: “Nuestros pecados han atestiguado contra nosotros” (Is. 59:12). Es en vano buscar el secreto. La conciencia lo descubrirá todo. —*Richard Sibbes*

La conciencia es un día del juicio privado antes del Día del Juicio público y es una [mala señal] que la mayoría de las personas nunca se mantendrán en pie en el tribunal del cielo porque son acusadas y condenadas en el tribunal de la conciencia. —*Edmund Calamy*

LOS DEBERES DE LA CONCIENCIA

William Perkins (1558-1602)

LAS acciones o deberes propios de la conciencia son dos: Dar testimonio o emitir juicio (Ro. 2:15).

Dar Testimonio: La conciencia da testimonio al determinar si algo se hizo o no se hizo. “Dando testimonio su conciencia” (Ro. 2:15). “Nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia” (2 Co. 1:12).

Aquí, debemos considerar tres cosas: (1) De qué cosas da testimonio la conciencia; (2) de qué manera [y] (3) por cuánto tiempo.

Punto 1: La conciencia da testimonio de nuestros pensamientos, nuestros afectos [y] nuestras acciones externas. Que da testimonio de nuestros pensamientos secretos, aparece por la solemne protesta que, en algún momento, usan los hombres: “En mi conciencia, nunca lo pensé”. Con lo cual, dan a entender que piensan algo o que no lo piensan, y que sus conciencias pueden decir lo que piensan. Tampoco esto debe parecer extraño porque hay dos acciones del entendimiento: La una es simple, la cual apenas concibe o piensa esto o aquello; [y] la otra es un reflejo o duplicación de la primera, por la que el hombre concibe y piensa consigo mismo lo que piensa. Y esta acción pertenece, propiamente, a la conciencia. La mente tiene un pensamiento, luego, la conciencia va más allá de la mente y conoce lo que la mente piensa; así, si un hombre tratara de ocultar a Dios sus pensamientos pecaminosos, su conciencia, como otra persona dentro de él, lo revelaría todo. Por medio de esta segunda acción, la conciencia puede dar testimonio, incluso de los pensamientos; y de ahí, también parece tomar prestado su nombre porque la conciencia es una *ciencia* (o conocimiento) unida a otro conocimiento, pues por ella concibo y conozco lo que conozco.

De nuevo, la conciencia da testimonio de lo que son las voluntades y los afectos de los hombres en cada materia. “Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos” (Ro. 9:1-3).

Por último, da testimonio de lo que son las acciones de los hombres. “Porque tu corazón sabe [es decir, la conciencia es testigo] que tú también dijiste mal de otros muchas veces” (Ec. 7:22).

Punto 2: La manera que emplea la conciencia para dar testimonio se basa en dos cosas. Primero, observa y toma nota de todas las cosas que

hacemos. Segundo, nos lo dice interna y secretamente en el corazón. En este sentido, puede ser adecuadamente comparada con un notario¹ (o un registrador) que siempre tiene la pluma en su mano para anotar y registrar todo lo que se dice o se hace, quien también, debido a que guarda los rollos y registros del tribunal, puede decir lo que se ha dicho y hecho muchos cientos [de] años atrás.

Punto 3: Por cuánto tiempo da testimonio la conciencia. Lo hace continuamente —no por un minuto, un día, un mes o un año, sino *para siempre*—. Cuando un hombre muere, la conciencia no muere. Cuando el cuerpo se está pudriendo en la tumba, la conciencia vive y está sana y salva. Y cuando resucitemos, la conciencia vendrá con nosotros al tribunal del juicio de Dios, ya sea para acusarnos o defendernos ante Dios. “Dando testimonio su conciencia... en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres” (Ro. 2:15-16).

Mediante este primer deber de la conciencia, hemos de aprender tres cosas. La primera [es] que hay un Dios. Y podemos ser conducidos a ver esto, incluso, por la misma razón. Porque la conciencia da testimonio ¿de qué? De tus acciones particulares. Pero, ¿contra quién o con quién da testimonio? Puedes sentir en tu corazón que lo hace *a tu favor* o en *tu contra*. ¿Y ante quién da testimonio? ¿A los hombres o a los ángeles? Esto no puede ser porque ellos no pueden oír la voz de la conciencia. No pueden recibir el testimonio de la conciencia. ¡No, ellos no pueden ver lo que hay en el corazón del hombre! Queda, por tanto, que hay una sustancia² espiritual, sapientísima, santísima, poderosísima, quien ve todas las cosas, a quien la conciencia da testimonio y es Dios mismo. Que los ateos ladren contra esto cuanto quieran. Tienen en ellos, aquello que los convencerá de la verdad de la Divinidad, lo quieran o no, ya sea en la vida o en la muerte.

Segundo, aprendemos que Dios vela por todos los hombres mediante una providencia especial. Por esto, se sabe que el jefe de una prisión tiene cuidado de sus prisioneros: Si envía guardianes con ellos para vigilarlos y traerlos de vuelta a casa a su debido tiempo. Y así, el cuidado de Dios para con el hombre se manifiesta en esto: Que cuando creó al hombre y lo puso en el mundo, le dio conciencia para que fuera su guardián, para que le siguiera siempre a los talones, para que lo persiguiera (como decimos), para que husmeara en sus acciones y diera testimonio de todas ellas.

Tercero, de aquí podemos observar la bondad y el amor de Dios hacia el hombre. Si hace algo malo, Dios hace que su conciencia se lo diga

¹ **Notario** – Secretario.

² **Sustancia** – Esencia divina de Dios, de la que forman parte las tres Personas de la Trinidad.

primero en secreto. Si entonces, él se enmienda, Dios lo perdona. Si no, entonces después, la conciencia debe acusarlo abiertamente por ello en el tribunal del juicio de Dios ante todos los santos y ángeles en el cielo.

Emitir juicio: La segunda obra de la conciencia es juzgar las cosas hechas. “Juzgar” significa determinar si una cosa está bien o mal hecha. En esto, la conciencia es semejante a un juez que celebra una audiencia, toma nota de las acusaciones y hace que el criminal más notorio levante la mano ante el tribunal de su juicio. Es más, (es como si fuera) un pequeño dios sentado en medio de los corazones de los hombres, que los procesa³ en esta vida como serán procesados por sus ofensas en el tribunal del Dios eterno en el Día del Juicio. Por tanto, el juicio temporal que emite la conciencia no es más que un principio (o un precursor) del juicio final.

Por lo tanto, se nos advierte que prestemos especial atención a que nada del pasado nos pese y que no carguemos nuestra conciencia en el tiempo venidero con ningún asunto porque si nuestra conciencia nos acusa, mucho más nos condenará Dios, dice san Juan, puesto que Él ve todas nuestras acciones más claramente y las juzga más severamente de lo que puede hacerlo la conciencia (1 Jn. 3:20). Convendrá, entonces, que todos los hombres se esfuercen por decir con Pablo: “...Aunque de nada tengo mala conciencia” (1 Co. 4:4), para que puedan estar ante Dios sin culpa para siempre.

Aquí, debemos considerar dos cosas: Primero, la causa que hace que la conciencia emita juicio [y], segundo, el modo de hacerlo.

1. La causa del juicio: La causa es el *vinculante*⁴ de la conciencia. El vinculante es [todo lo que] tiene poder y autoridad sobre la conciencia para ordenarla. El vinculante es para urgir, causar y constreñirla en cada acción, ya sea para acusar por el pecado o defender por las buenas acciones, o para decir que esto se puede hacer o no se puede hacer... Una vez que el poder vinculante se establece sobre la conciencia, entonces, en cada acción, necesariamente, debe acusar o defender. Así como un hombre en una ciudad o pueblo, teniendo su libertad, puede ir arriba y abajo, o no, ir donde y cuando quiera; pero si su cuerpo es detenido por el magistrado y encarcelado, entonces su libertad anterior es restringida y [sólo] puede ir arriba y abajo dentro de la prisión o algún otro lugar permitido.

³ **Procesar** – Llamado a comparecer ante un tribunal para responder a los cargos formulados contra ellos.

⁴ **Vinculante** – En derecho o jurisprudencia, significa que algo debe ser observado o cumplido por un sujeto específico para el que fue creado. Por ejemplo, un *contrato vinculante* es un acuerdo que ambas partes deben cumplir, y si una no lo hace, la otra puede demandarla.

El vinculante de la conciencia es apropiado o inapropiado.

1. Lo apropiado: Lo apropiado⁵ es lo que tiene poder absoluto y soberano para vincular la conciencia. Y esa es la palabra de Dios escrita en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. *Razones:* (1) Quien es el Señor de la conciencia por su Palabra y sus leyes, vincula la conciencia. Pero Dios es el único Señor de la conciencia porque Él la creó, sólo Él la gobierna y nadie más que Él la conoce. Por lo tanto, sólo su Palabra y sus leyes vinculan la conciencia correctamente. (2) Aquel que tiene el poder para salvar o destruir el alma por el cumplimiento o incumplimiento de sus leyes, tiene el poder absoluto para vincular al alma y la conciencia por las mismas leyes. Pero lo primero es cierto sólo de Dios. “Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder” (Stg. 4:12). “Jehová es nuestro juez, Jehová es nuestro legislador, Jehová es nuestro Rey; él mismo nos salvará” (Is. 33:22). Por lo tanto, sólo la palabra de Dios, por un poder absoluto y soberano, vincula la conciencia. Puesto que este punto es claro por sí mismo, no se necesitan más pruebas.

De ahí que se nos enseñen diversos puntos de instrucción. (1) Los que entre nosotros son ignorantes, deben esforzarse por conocer la palabra de Dios, porque ésta vincula la conciencia. Tampoco servirá de excusa el argumento de la ignorancia porque, conozcamos o no las leyes de Dios, ellas nos vinculan. Y no sólo estamos obligados a cumplirlas, sino que, cuando no las conocemos, estamos obligados a no ignorarlas, sino a procurar conocerlas. Si no tuviéramos más pecados, nuestra ignorancia sería suficiente para condenarnos. (2) La palabra de Dios debe ser obedecida, aunque ofendamos a todos los hombres, sí, perdamos el favor de todos los hombres y suframos el mayor daño que pueda haber —incluso, la pérdida de nuestras vidas—. Y la razón está a la mano porque la palabra de Dios tiene esta prerrogativa⁶ de restringir, atar y refrenar la conciencia. (3) Para cualquier cosa que emprendamos o tomemos en nuestras manos, debemos primero buscar si Dios nos da la libertad de conciencia y la licencia para hacerlo. Porque si hacemos lo contrario, la conciencia está obligada a acusarnos de pecado ante Dios. (4) Vemos aquí cuán peligroso es el caso de todos los oportunistas⁷ que desean vivir a su manera y no ser de una religión determinada hasta que se terminen las

⁵ **Nota del editor** – Para *apropiado*, el autor ofrece un análisis extenso de la Ley de Dios y el Evangelio. Para *inapropiado*, ofrece un análisis más extenso de las leyes, los votos y las promesas humanas. Estos análisis son demasiado largos para incluirlos en este artículo; por lo tanto, remitimos al lector al vol. 8 de Las obras de William Perkins [*The Works of William Perkins*], págs. 14-55; disponible en Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

⁶ **Prerrogativa** – Privilegio exclusivo o derecho.

⁷ **Oportunistas** – Aquellos que se ajustan a opiniones actuales para obtener ventajas personales.

diferencias y disensiones en ella, y tengan la determinación de un concilio general. Porque, ya sea que sucedan o no sucedan estas cosas, es cierto que ellos están obligados en conciencia, a recibir y creer la doctrina antigua, profética y apostólica tocante a la verdadera adoración a Dios y el camino a la vida eterna, lo cual *es* la verdadera religión. Lo mismo debe decirse de todos los protestantes somnolientos y evangelistas tibios que usan la religión, no con el cuidado y la conciencia que deberían, sino sólo entonces y en la medida en que les sirve para sus propósitos, descuidando o despreciando, comúnmente, las asambleas donde la Palabra es predicada y, rara vez, frecuentando la mesa del Señor... Como tontos desdichados, no ven ni sienten el poder restrictivo que la palabra de Dios tiene en sus conciencias.

La palabra de Dios es Ley o Evangelio.

2. Inapropiado: El vinculante inapropiado es el que no tiene poder ni virtud para vincular la conciencia, sino que lo hace sólo en virtud de la palabra de Dios o de alguna parte de ella. Es triple: Las leyes humanas, un juramento [y] una promesa.

Tomado de Las obras de William Perkins (*The Works of William Perkins*), ed. J. Stephen Yuille, Joel R. Beeke and Derek W. H. Thomas, vol. 8 (Grand Rapids, MI: Reformation Heritage Books, 2019), 10-14; usado con permiso.

William Perkins (1558-1602): Influyente predicador y teólogo puritano inglés; nacido en Marston Jabbett, Bulkington, Warwickshire, Inglaterra, Reino Unido.



Jesucristo ha ofrecido una satisfacción tan completamente suficiente para todos los reclamos de la justicia herida que, ahora, Dios no tiene ninguna falta que encontrar en sus hijos. “No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel” (Nm. 23:21), ni se enoja con ellos a causa de sus pecados —estableciéndose una paz inquebrantable e indescriptible por la expiación que Cristo ha hecho en su favor—. De aquí, fluye una paz experimentada en la conciencia... porque cuando la conciencia ve que Dios está satisfecho y ya no está en guerra con ella, entonces, también queda satisfecha con el hombre; y la conciencia, que solía ser un gran perturbador de la paz del corazón, ahora da su veredicto de absolución; y el corazón duerme en los brazos de la conciencia y encuentra allí un lugar de tranquilo reposo. —*Charles Spurgeon*

Si mi conciencia me da testimonio de que soy partícipe de la preciosa gracia de la salvación, ¡entonces, soy feliz! —*Charles Spurgeon*

TODOS TENEMOS UNA CONCIENCIA

William Fenner (1600-1640)

“Mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos” (Romanos 2:15).

CUATRO proposiciones están contenidas en esa porción de la Escritura que he escogido para hacer el tema de este subsiguiente tratado. 1. Que todo hombre tiene una conciencia: “Dando testimonio su conciencia”. Cada uno de ellos tenía una conciencia que le daba testimonio. 2. Que la luz, por la cual la conciencia es dirigida a obrar, es el conocimiento escrito “en sus corazones”. 3. Que el vinculante que rige la conciencia del hombre es la ley de Dios: “Mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones”. 4. Que el oficio y el deber de la conciencia es dar testimonio de nosotros mismos o contra nosotros mismos, acusándonos o defendiéndonos a nosotros mismos o a nuestras acciones: “Dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos”. Empiezo por la primera¹.

Proposición I. Todo hombre tiene una conciencia. Todos los paganos del texto tenían una conciencia. Cada hombre tiene una conciencia: “Dando testimonio su conciencia”. Los escribas y fariseos tenían conciencia: “Acusados por su conciencia” (Jn. 8:9). Los hombres buenos tienen conciencia, como en Pablo: “Nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia” (2 Co. 1:12). Los impíos tienen conciencia: “Su mente y su conciencia están corrompidas” (Ti. 1:15). Así como es imposible que el fuego carezca de calor, así es imposible que un hombre carezca de conciencia. De hecho, solemos² decir: “Tal persona no tiene conciencia”, pero lo que queremos decir, realmente, es que no tiene buena conciencia porque todos tenemos conciencia, sea buena o mala. El Señor grabó la conciencia en el hombre cuando lo creó al principio. Es cierto que, desde la caída del hombre, la conciencia se ha corrompido miserablemente; pero el hombre nunca puede desprenderse de ella. La conciencia permanece para siempre en todo hombre, sea que esté en la tierra, en el cielo o en el infierno. Los más viles y diabólicos profanos³ del mundo tienen conciencia. Que la ahoguen o asfixien tanto como pue-

¹ **Nota del editor** – Este artículo considera, solamente, la primera proposición.

² **Solemos** – Estamos acostumbrados a.

³ **Profanos** – Aquellos que tienden a un comportamiento o discurso groseramente irreverente.

dan, que la prostituyan o la manipulen o la embriaguen tanto como puedan para satisfacer sus corazones; sin embargo, la conciencia continuará, a pesar de sus intenciones.

1. La conciencia no se extingue con el tiempo. ¿Qué hizo que los hermanos de José recordaran el trato cruel que le dieron a él, sino la conciencia? Fue unos veinte años antes y, sin embargo, no pudieron extinguirla.

2. Ninguna violencia ni fuerza puede suprimir la conciencia, sino que un día u otro se manifestará. ¿Qué hizo a Judas ir y devolver el dinero por el que traicionó a nuestro Salvador y gritar: “Yo he pecado” (Mt. 27:4), sino la conciencia? No hay duda de que se esforzó por reprimirla, pero no pudo.

3. Ninguna grandeza ni poder puede sofocar la conciencia, sino que un día, como un *bandog*⁴, volará a la cara del pecador. ¿Qué hizo clamar al Faraón: “Yo y mi pueblo [somos] impíos” (Éx. 9:27), sino la conciencia? Era un gran rey y, sin embargo, no pudo dominar su conciencia.

4. Ni la música, ni la alegría, ni la jovialidad⁵ pueden hechizar la conciencia pero, a pesar de todo esto, pueden ser el demonio para una miserable alma. ¿Qué era el espíritu malo de la melancolía que se apoderó de Saúl, sino la conciencia? Pensó en aplacarlo con instrumentos musicales, pero aun así, volvía a aparecer.

5. La muerte misma no puede separar la conciencia de un pecador. ¿Qué es ese gusano que nunca morirá, sino la conciencia? Y en el infierno, la conciencia es como ese fuego que nunca se apaga.

Confieso que algunos parecen haber perdido bastante la conciencia. Pueden omitir los buenos deberes como si no tuvieran conciencia alguna. Pueden aplazar el arrepentimiento y el volverse a Dios como si no tuvieran más conciencia que una bestia; pero un día, la conciencia aparecerá y mostrará, claramente, que estuvo presente con ellos cada momento de sus vidas, al tanto de todos sus pensamientos y todos sus caminos, y pondrá delante de ellos, todas las cosas que han hecho. Aunque los hombres estén tan seguros, insensatos y cauterizados por el presente, la conciencia estallará, ya sea al principio o al final⁶. Ya sea aquí o en el infierno, a todo hombre le parecerá que tiene y que siempre ha tenido, una conciencia.

Ahora, las razones por las que el Señor plantó una conciencia en todo

⁴ **Bandog** – Término en inglés para perros grandes e imponentes que, por su ferocidad, infunden miedo y, por lo tanto, deben estar atados o encadenados.

⁵ **Jovialidad** – Que hace fiesta.

⁶ **Al principio o al final** – Tarde o temprano.

hombre viviente son [las siguientes]:

1. Porque el Señor es un Juez muy justo. Y así como Él ordena a los jueces terrenales que no juzguen sin testigos, así, Él mismo no juzgará sin testigos. Por lo tanto, Él planta una conciencia en cada uno para traer evidencia a su favor o en su contra en el tribunal de Dios.

2. Porque el Señor es muy misericordioso. Somos maravillosamente⁷ olvidadizos, y sin conciencia de Dios y de nuestras propias almas. [Nosotros] tenemos necesidad de ser avivados para cumplir con nuestros deberes; por eso, el Señor ha dado a cada uno de nosotros una conciencia para que sea un vigilante continuo. A veces, nos olvidamos de orar y, entonces, la conciencia nos recuerda que debemos ir a Dios. A veces somos torpes en el deber y la conciencia es como un aguijón⁸ que nos aviva. Algunas veces, nuestras pasiones están alteradas⁹ y, entonces, la conciencia controla¹⁰ y nos ordena refrenarlos. Nunca nos mantendríamos en orden, si no fuera por la conciencia. Por tanto, el Señor, en su misericordia, nos ha dado una conciencia...

Uso 1. El primer uso es para condenar ese proverbio diabólico común entre los hombres: “La conciencia está ahorcada hace mucho tiempo”. ¡No, no! Ahitofel puede ahorcarse, pero no puede ahorcar su conciencia. Saúl puede suicidarse, pero la conciencia no puede ser asesinada. Es un gusano que nunca muere (Mr. 9:44). Así como el alma racional del hombre es inmortal, también la conciencia es inmortal.

Uso 2. En segundo lugar, esto condena a quienes se esfuerzan por reprimir la conciencia. Su conciencia, de vez en cuando, los pone melancólicos y taciturnos¹¹, y tratan de sacudírsela. ¡Ay! ¿Por qué tratas de hacer lo que es completamente imposible? Puedes suprimirla por un tiempo y amordazarla por un tiempo, pero *nunca* podrás librarte de ella. La conciencia se adhiere tan estrechamente que un hombre puede desprenderse tan fácil de sí mismo como de su conciencia. Y, de hecho, su conciencia es él mismo. “Pruébese cada uno a sí mismo” (1 Co. 11:28), es decir, a su conciencia. “Juzgad vosotros mismos” (1 Co. 11:13), es decir, juzguen en sus conciencias.

Uso 3. En tercer lugar, esto refuta esa opinión de ebrios de que la conciencia no es más que un ataque de melancolía¹² presente. No, puede ser que cause el presente ataque de melancolía, pero no lo es. La conciencia

⁷ **Maravilloso** – Sorprendentemente; extrañamente.

⁸ **Aguijón** – Dolor agudo causado al ser perforado con una punta fina; sensación de angustia.

⁹ **Alteradas** – Perturbadas; preocupadas.

¹⁰ **Controla** – Se detiene bruscamente y de repente.

¹¹ **Melancólico y taciturno** – Triste y afligido.

¹² **Melancolía** – Aflicción en espíritu.

es un poder permanente en el hombre que siempre está con él, y siempre lo juzgará y condenará si es culpable ante Dios. Estará con él cuando el ataque de melancolía haya pasado. Que se ría y se alegre; pero la conciencia está en el fondo de todo y “el término de la alegría es congoja” (Pr. 14:13). Aunque el borracho sea muy jovial; [sin embargo] no le creeré porque la conciencia en medio de esa ebria alegría, le causa cierta tristeza interior y le dice que esa es una vida muy perversa. Que el hipócrita carnal cubra el asunto con buenos deberes, buenas oraciones y buenas esperanzas; [sin embargo], sólo puedo creer que hay una conciencia que yace en el fondo y le dice que está podrido, a pesar de todo esto. Puedes ver esto en Caín (Gn. 4:5). Había estado cumpliendo con un buen deber, sacrificando al Señor; pero su semblante decayó cuando terminó. La conciencia estaba en el fondo y le dijo que Dios no lo aceptaba. La conciencia está con los hombres malos en la iglesia —en el sermón, en el sacramento— y les dice, secretamente, que no son las personas a quienes pertenece la bendición de estas ordenanzas.

Uso 4. Por último, esto puede ser para exhortar a los piadosos a que consideren que siempre tienen una conciencia dentro de ellos y que, por lo tanto, se esfuercen siempre por mantenerla “sin ofensa”, que era el proceder de Pablo (Hch. 24:16). Tengan cuidado de no ofender sus conciencias en los deberes de piedad para con Dios: En su oración, en escuchar, etc., no, ni en su vocación, en su comida, en su bebida, en sus libertades, en su recreación. Cuiden siempre de no ofender sus conciencias porque siempre están con ustedes. Cuando dos viven siempre juntos, no tienen por qué ofenderse el uno al otro, pues de lo contrario, no habrá tranquilidad. Ustedes y sus conciencias deben vivir siempre juntos. Si las ofenden, les irá muy mal en la vida. Es mejor vivir con una mujer regañona que con una conciencia ofendida. Es mejor ofender al mundo entero que ofender a la conciencia. No hay nadie con quien deban vivir siempre, pero con sus conciencias deben vivir siempre. No deben vivir siempre con sus maridos, ni siempre con sus mujeres, ni siempre con sus padres o amos. Hay un tiempo en que deben separarse, pero la conciencia y ustedes nunca se separarán. Por lo tanto, esfuércense por mantenerla sin ofensa. Y hasta aquí, la primera proposición: Todo hombre tiene una conciencia.

Tomado de *El espejo del alma, con un tratado sobre la conciencia (The Soul's Looking-glass, with a Treatise of Conscience)*. (Cambridge: Roger Daniel Printer, 1640); de dominio público.

William Fenner (1600-1640): Pastor puritano no conformista inglés.



UNA CONCIENCIA CORRUPTA

Arthur W. Pink (1886-1952)

SI hay una facultad del alma humana que pueda considerarse que ha conservado la imagen original de Dios en ella, esa es, sin duda, la conciencia. Tal punto de vista ha sido ampliamente defendido. No pocos de los más renombrados filósofos y moralistas han sostenido que la conciencia es, nada menos, que la voz divina misma que habla en lo más íntimo de nuestro ser. Sin minimizar la gran importancia y valor de este vigilante interno, ya sea en su oficio o en sus operaciones, debe declararse enfáticamente que tales teóricos se equivocan, que incluso esta facultad, no ha escapado de la ruina común de todo nuestro ser. Esto es evidente por la clara enseñanza de la palabra de Dios. La Escritura habla de una “débil conciencia” (1 Co. 8:12), de hombres “que teniendo cauterizada la conciencia” (1 Ti. 4:2). Ella dice que sus “conciencias están corrompidas” (Ti. 1:15), que tienen “mala conciencia” (He. 10:22). Examinemos el punto más de cerca.

Aquellos que afirman que hay algo esencialmente bueno en el hombre natural, insisten en que su conciencia es enemiga del mal y amiga de la santidad. Destacan el hecho de que la conciencia produce una convicción interior contra el mal proceder, un conflicto en el corazón por el pecado, una renuencia a cometerlo. Llamam la atención sobre el reconocimiento del pecado por parte de Faraón (Éx. 10:16) y de que a Darío “le pesó en gran manera” su injusto acto de condenar a Daniel a ser arrojado al foso de los leones (Dn. 6:14). Algunos han llegado incluso, a afirmar que la oposición a crímenes mayores y más graves —la cual se encuentra desde el principio en todos los hombres— difiere poco o nada de aquel conflicto entre la carne y el espíritu descrito en Romanos 7:21-23. Pero tal sofisma¹ es fácilmente refutable. En primer lugar, si bien es cierto que el hombre caído posee una noción general de lo que es correcto y lo que es incorrecto, y que, en algunos casos, es capaz de distinguir entre el bien y el mal, mientras no se haya regenerado, ese instinto moral nunca le hace deleitarse verdaderamente en lo primero o aborrecer realmente lo segundo. En cualquier medida que apruebe el bien o desaprobe el mal, no lo hace por consideración a Dios.

La conciencia sólo es capaz de obrar según la luz que tiene. Y como el hombre natural no puede discernir las cosas espirituales (1 Co. 2:14),

¹ **Sofisma** – Método de argumentación que parece plausible, pero es inválido y engañoso.

es inútil con respecto a ellas. ¡Cuán débil es su luz! Se parece más al resplandor de una vela que a los rayos del sol —apenas suficiente para hacer visibles las tinieblas—. Debido a la condición oscurecida del entendimiento, la conciencia es terriblemente ignorante. Cuando descubre lo que es adverso, lo indica débil e ineficazmente. En lugar de dirigir los sentidos, la mayoría de las veces, los confunde. Cuán cierto es esto en el caso de los incivilizados. La conciencia les da un sentimiento de culpabilidad y entonces, los pone a practicar los ritos más abominables y, a menudo, inhumanos. Les ha inducido a inventar y propagar las más impías tergiversaciones de la deidad. Como un bálsamo para su conciencia, a menudo, hacen de los mismos objetos de su adoración los precursores y patrocinadores² de sus vicios favoritos. El hecho es que la conciencia es tan tristemente defectuosa que es incapaz de cumplir con su deber hasta que Dios la ilumine, la despierte y la renueve.

Sus operaciones son igualmente defectuosas. La conciencia no sólo tiene una visión defectuosa, sino que su voz es muy débil. ¡Cuán fuertemente debería reprendernos por nuestra escandalosa ingratitud hacia nuestro gran Benefactor! ¡Cuán fuerte debería protestar por el estúpido descuido de nuestros intereses espirituales y nuestro bienestar eterno! Sin embargo, no hace ni lo uno ni lo otro. Aunque ofrece algunos controles sobre los pecados externos y graves, no ofrece resistencia a las obras secretas más sutiles de la corrupción que mora en nosotros. Si impulsa al cumplimiento del deber, ignora la parte más importante y espiritual de ese deber. Puede inquietarse si no dedicamos el tiempo habitual cada día a la oración privada, pero se preocupa poco por nuestra reverencia, humildad, fe y fervor en la oración. Los de la época de Malaquías eran culpables de ofrecer a Dios sacrificios defectuosos, pero la conciencia nunca les inquietó por ello (Mal. 1:7-8). La conciencia puede ser escrupulosa³ en el cumplimiento de los preceptos de los hombres o de nuestras inclinaciones personales y, sin embargo, descuidar por completo las cosas que el Señor ha ordenado, como los fariseos que no querían comer mientras sus manos permanecieran sin el lavado ceremonial y, sin embargo, hacían caso omiso de lo que Dios había ordenado (Mr. 7:6-9).

La conciencia es, lamentablemente, parcial. [Ignora] los pecados favoritos y excusa los que más nos asedian. Todos esos intentos de excusar nuestras faltas se basan en la ignorancia de Dios, de nosotros mismos, de nuestro deber. De lo contrario, la conciencia daría el veredicto de culpabilidad. A menudo, la conciencia se une a nuestras concupiscencias para

² **Precursores y patrocinadores** – Ejemplos a seguir y defensores.

³ **Escrupulosa** – Minuciosa y extremadamente atenta a los detalles.

alentar una acción malvada. La conciencia de Saúl le dijo que no ofreciera sacrificios hasta que Samuel viniera; sin embargo, para complacer al pueblo y evitar que lo abandonaran, lo hizo. Y cuando aquel siervo de Dios lo reprendió, el rey trató de justificar su ofensa diciendo que los filisteos estaban reunidos contra Israel y que no se atrevía a atacarlos antes de invocar a Dios: “Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto” (1 S. 13:8-12). La conciencia se esforzará por encontrar alguna consideración con la que apaciguarse y aprobar el acto malo. Incluso cuando reprende ciertos pecados, encontrará motivos y descubrirá incentivos para cometerlos. Así, cuando Herodes estaba a punto de cometer el asesinato de Juan el Bautista, que era contrario a sus convicciones, su conciencia acudió en su ayuda y le instó a seguir adelante, inculcándole que no debía violar el juramento que había prestado ante los demás (Mr. 6:26).

La conciencia, a menudo, ignora los grandes pecados, mientras consciente los menores como Saúl fue duro con los israelitas por una violación de la ley ceremonial (1 S. 14:33), pero no tuvo escrúpulos en matar a ochenta y cinco de los sacerdotes del Señor. La conciencia, incluso, inventa argumentos que favorecen los actos más atroces; así, no sólo es como un abogado corrupto que defiende una causa malvada, sino como un juez corrupto que justifica a los malvados. Los que clamaron por la crucifixión de Cristo, lo hicieron bajo el pretexto de que era ordenada y necesaria: “Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Jn. 19:7). No es de extrañar que el Señor diga de los hombres “que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz” (Is. 5:20). La conciencia nunca mueve al hombre natural a cumplir sus deberes por gratitud y agradecimiento a Dios. Nunca lo convence de la pesada culpa de la ofensa de Adán que yace sobre su alma, ni de la falta de fe en Cristo. Permite a los pecadores dormir en paz en su terrible incredulidad. Pero la suya no es una paz sana y sólida porque no hay fundamento para ella; más bien es la falsa seguridad de la ignorancia. Dice Dios de ellos: “No consideran en su corazón que tengo en memoria toda su maldad” (Os. 7:2).

Las acusaciones de la conciencia son ineficaces. No producen ningún fruto bueno, no producen ni mansedumbre, ni humildad, ni arrepentimiento genuino, sino más bien un terror de Dios como un Juez cruel u odio hacia Él como enemigo implacable. Sus acusaciones, no sólo son ineficaces, sino que, a menudo, son bastante erróneas. A causa de la oscuridad sobre el entendimiento, la percepción moral del hombre comete grandes errores. Como dijo Thomas Boston⁴ de la conciencia corrupta:

⁴ Thomas Boston, Las obras completas de Thomas Boston (*The Whole Works of Thomas Boston*), ed. Samuel M'Millan, vol. 8 (Aberdeen: George and Robert King, 1850), 82.

“Así que, a menudo, se la encuentra como un caballo ciego y furioso que se atropella a sí mismo, a su jinete y a todo lo que se encuentra en su camino”. Un ejemplo temible de eso, aparece en la predicción de nuestro Señor, en Juan 16:2, que recibió repetido cumplimiento en Hechos: “Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios”. Del mismo modo, Saulo de Tarso, después de su conversión, reconoció: “Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret” (Hch. 26:9). La conciencia no renovada es una guía muy poco fiable.

Aun cuando la conciencia del no regenerado es despertada por la mano inmediata de Dios, y es golpeada con una profunda y dolorosa convicción de pecado, lejos de mover al alma a buscar la misericordia de Dios a través del Mediador⁵, la llena de futilidad y desconsuelo. Como declara Job 6:4: “Porque las saetas del Todopoderoso están en mí, cuyo veneno bebe mi espíritu; y terrores de Dios me combaten”. Anteriormente, este hombre podía haber hecho grandes esfuerzos para sofocar las acusaciones de su juez interior, pero ahora no puede. En lugar de eso, la conciencia se enfurece y ruge, poniendo a todo el hombre en una consternación⁶ espantosa, mientras es aterrorizado por un sentido de la ira de un Dios santo y la ardiente indignación que devorará a sus adversarios. Esto lo llena de tal horror y desesperación que, en lugar de volverse al Señor, trata de huir de Él. Así fue en el caso de Judas, quien, cuando se dio cuenta de la terrible gravedad de su vil acto, salió y se ahorcó. Los fariseos en Juan 8:9, demostraron que la culpa del pecado dentro del hombre natural hace que se aleje de Cristo, en vez de ir hacia Él. Ellos, “acusados por su conciencia, salían uno a uno”.

La voluntad no es el señor, sino el siervo de las demás facultades que ejecutan la convicción más fuerte de la mente o el mandato más tiránico de nuestras concupiscencias porque no puede haber más que una influencia dominante en la voluntad al mismo tiempo. Originalmente, la excelencia de la voluntad del hombre consistía en seguir la guía de la razón correcta y someterse a la influencia de la autoridad apropiada. Pero en el Edén, la voluntad del hombre rechazó la primera y se rebeló

⁵ **Mediador** – Literalmente, “uno que va entre”. Un intermediario. “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el Mediador entre Dios y el hombre; Profeta, Sacerdote y Rey; Cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y Juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que, a su tiempo, lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara” (*Confesión de Fe Bautista de Londres de 1689*. 8.1). Ver también, Portavoz de la Gracia N° 23: *Cristo el Mediador*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

⁶ **Consternación** – Asombro y terror que supera las propias facultades.

contra la segunda; y como consecuencia de la Caída, su voluntad ha estado, desde entonces, bajo el control de un entendimiento que prefiere las tinieblas a la luz y de afectos que apetecen el mal en lugar del bien. Así, los placeres fugaces de los sentidos y los intereses insignificantes del momento, excitan nuestros deseos, mientras que los deleites duraderos de la piedad y las riquezas de la inmortalidad, reciben poca o ninguna atención. La voluntad del hombre natural está sesgada por su corrupción porque sus inclinaciones gravitan en dirección opuesta a su deber; por lo tanto, está en completa esclavitud al pecado, impulsado por sus concupiscencias. Los no regenerados⁷, no sólo no quieren buscar la santidad, sino que la odian inveteradamente⁸.

Desde que la voluntad se volvió traidora a Dios y entró al servicio de Satanás, está completamente paralizada para el bien. Dijo el Salvador: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44). ¿Y por qué el hombre no puede venir a Cristo por sus propias fuerzas naturales? Porque, no sólo no tiene la inclinación a hacerlo, sino que el Salvador lo rechaza: Su yugo no es bienvenido, su cetro es repulsivo. En relación con las cosas espirituales, la condición de la voluntad es como la de la mujer de Lucas 13:11 que “andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar”. Si tal es el caso, ¿cómo puede decirse que el hombre actúa voluntariamente? Porque elige libremente el mal: “El alma del impío desea el mal” (Pr. 21:10), llevando a cabo siempre ese deseo, excepto cuando se lo impide la restricción divina. El hombre es esclavo de su corrupción como un potro salvaje; desde su más tierna infancia, el hombre es reacio a la restricción. La voluntad del hombre es uniformemente rebelde contra Dios. Cuando la providencia frustra sus deseos, en lugar de inclinarse con humilde resignación, se preocupa con inquietud⁹ y actúa como un toro salvaje en una red. Sólo el Hijo puede hacerle “libre” (Jn. 8:36), pues sólo hay “libertad” donde está su Espíritu (2 Co. 3:17).

He aquí, entonces, las consecuencias de la depravación humana. La Caída ha cegado la mente del hombre, ha endurecido su corazón, ha desordenado sus afectos, ha corrompido su conciencia, ha incapacitado su voluntad, de modo que “no hay en él cosa sana” (Is. 1:6), “en mi carne, no mora el bien” (Ro. 7:18).

Tomado de Espigando en las Escrituras: La depravación total del hombre en Estudios en las Escrituras (*Gleanings in the Scriptures: Man's Total Depravity*, from *Studies in the Scriptures*), disponible en CHAPEL LIBRARY.



⁷ **No regenerados** – Aquellos que no han sido nacidos del Espíritu de Dios.

⁸ **Inveteradamente** – Por un hábito largo y profundamente arraigado.

⁹ **Inquietud** – Ansiedad o intranquilidad que hace que uno esté tenso e irritable.

UNA CONCIENCIA CARGADA POR EL PECADO

John Flavel (c. 1630-1691)

*“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados,
y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).*

HE aquí el estímulo que Cristo da a este deber [de acudir a Él:] “Yo los haré descansar. Yo los aliviaré. Les daré descanso de su trabajo. Sus conciencias serán tranquilizadas, sus corazones serán descansados y sosegados en el perdón, la paz y el favor de Dios que les procuraré con mi muerte”... Porque, aunque un hombre rompa su corazón por el pecado, deje salir el llanto por sus ojos, se lamente como una paloma y derrame tantas lágrimas por el pecado (si fuera posible) como gotas de lluvia han caído sobre la tierra, si no viene a Cristo por la fe, su arrepentimiento no le salvará ni todas sus penas le llevarán al verdadero descanso. Por lo tanto, nota:

Algunas almas están cargadas con el pesado sentido del pecado. No digo que todas lo estén porque “los necios se mofan del pecado” (Pr. 14:9). Está tan lejos de ser una carga para algunos que es como una diversión para ellos (Pr. 10:23). Pero cuando los ojos de un hombre son abiertos para ver el mal que hay en el pecado y la miseria eterna que le sigue (el pecado y el infierno están unidos con cadenas tan fuertes que sólo la sangre de Cristo puede soltar), entonces, ninguna carga es como la del pecado: “¿Quién soportará al ánimo angustiado?” (Pr. 18:14). Consideremos la eficacia que tiene la ley de Dios sobre las conciencias de los hombres cuando llega con su espiritualidad y poder a convencer y humillar el alma de un pecador. Porque entonces,...

Primero, el recuerdo del pecado cometido hace mucho tiempo se refresca y revive, como si hubiera sido ayer. Hay nuevos reconocimientos de pecados cometidos y olvidados hace mucho tiempo, como si nunca hubieran existido. Lo que hicimos en nuestra juventud es recordado de nuevo y, por una nueva impresión de temor y horror, toman lugar en la temblorosa conciencia. “¿Por qué escribes contra mí amarguras, y me haces cargo de los pecados de mi juventud?” (Job 13:26). La conciencia puede recordar los días pasados y formular una nueva acusación sobre la cuenta de los pecados antiguos (Gn. 42:21). Todo lo que alguna vez hicimos, está registrado e inscrito en el libro de la conciencia y, ahora, es el momento de abrir ese libro, cuando el Señor convencerá y despertará a

los pecadores. Leemos en Job 14:17 que se sellan las iniquidades en un saco, lo cual es una alusión al secretario del tribunal, quien toma todas las acusaciones que se hacen contra las personas en la *audiencia* y las sella en un saco para un juicio. Éste es el primer oficio y trabajo de la conciencia; sobre el cual,...

La segunda, es decir, sus acusaciones, sí dependen [de la conciencia]. Estas acusaciones de la conciencia son cosas terribles. ¿Quién puede mantenerse ante ellas? Son completas, son claras y todas ellas se refieren al juicio inminente del Dios grande y terrible.

La conciencia se sumerge en todos los pecados, tanto secretos como manifiestos, y en todas las circunstancias y agravantes del pecado, como si se cometieran contra la luz, contra la misericordia, contra los esfuerzos, advertencias y remordimientos de la conciencia. [Así] podemos decir de la eficacia de la conciencia, como se dice de la influencia del sol: “Nada hay que se esconda de su calor” (Sal. 19:6). “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho” (Jn. 4:29). Cristo la convenció de un solo pecado con su discurso; pero la conciencia, por ese único pecado, le trajo a la luz y la acusó de todos los demás. Y así como las acusaciones de la conciencia son completas, también son claras e innegables. El hombre se convence a sí mismo y no le queda ningún recurso, excusa o súplica para defenderse. Mil testigos no pueden probar nada más claramente que un solo testimonio de la conciencia. “Mas él enmudeció” (Mt. 22:12), mudo —amordazado (según es el significado de la palabra)— por el claro testimonio de su propia conciencia. Estas acusaciones son la segunda obra de la conciencia y dan paso a la tercera, a saber,...

En tercer lugar, la sentencia y condenación de la conciencia. Verdaderamente ésta es una carga insoportable. La condenación de la conciencia no es otra cosa que la aplicación de la sentencia condenatoria de la ley a la persona del hombre. La ley maldice a todo el que la transgrede (Gá. 3:10). La conciencia aplica esta maldición al pecador culpable, de modo que sentencia al pecador en el nombre y la autoridad de Dios, en lo cual no hay apelación. La voz de la conciencia es la voz de Dios; y lo que ella pronuncia es en nombre y autoridad de Dios,¹ Él lo confirmará y ratificará: “Pues si nuestro corazón [es decir, nuestra conciencia] nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas” (1

¹ **Nota del editor** – No se puede considerar que la conciencia sea la voz de Dios, aunque su propósito original era que estuviera de acuerdo con la palabra de Dios y, así, comunicara fielmente la voz de Dios al alma del hombre. Pero, a causa de la caída, el pecado le impide hacerlo con precisión y plenitud.

Jn. 3:20). Éste es el tormento que ningún hombre puede soportar. Veamos sus efectos en Caín, en Judas y en Spira²; ies un verdadero anticipo de los tormentos del infierno! Éste es el gusano que nunca muere (Mr. 9:44). Porque mira, así como un gusano en el cuerpo es generado por la corrupción que hay allí, así también, las acusaciones y condenaciones de la conciencia son generadas en el alma por la corrupción y la culpa que hay allí. Así como el gusano en el cuerpo ataca y muerde las partes tier-nas, sensibles e internas, así también, la conciencia toca lo más vivo. Éste es el tercer efecto u obra para sentenciar y condenar; y esto también da paso a un cuarto, a saber, ...

En cuarto lugar, reprender y reprochar al pecador en su miseria. Esto convierte al hombre en un terror para sí mismo. Ser compadecido en la miseria es algo de alivio, pero ser reprendido y reprochado, duplica nues-tra aflicción. Ustedes saben que uno de los agravantes de los sufrimientos de Cristo, fue ser vituperado por las lenguas de sus enemigos mientras colgaba atormentado en el madero maldito; pero todas las burlas y reproches, las amargas mofas y sarcasmos del mundo, no son nada comparados con los de la propia conciencia de un hombre, que cortan hasta los huesos.

¡Oh! cuando la conciencia de un hombre le diga en un día de angustia, como Rubén a sus afligidos hermanos: “¿No os hablé yo y dije: No pe-queáis contra el joven, y no escuchasteis? He aquí también se nos de-manda su sangre” (Gn. 42:22). Así, la conciencia: “¿No te advertí, ame-nacé y convencí a tiempo contra estos males? Pero no quisiste escu-charme; por lo tanto, he aquí que ahora debes sufrir por ello hasta la eternidad. La ira de Dios se ha encendido contra tu alma por ello. Este es el fruto de tu propia deliberada locura y obstinación. Ahora, conocerás el precio de pecar contra Dios, contra la luz y la conciencia”. ¡Oh, esto es terrible! Cada mordisco de la conciencia hace que una pobre alma se sobresalte y con un miedo terrible, grite: “¡Oh, el gusano! ¡Oh, el amargo anticipo del infierno! “¿Quién soportará al ánimo angustiado?” (Pr. 18:14). Ésta es una cuarta herida de la conciencia y abre paso a una quinta porque esto es como el derramamiento de los viales y el sonido de las trompetas del Apocalipsis: Un ay ya pasó; he aquí viene otro (Ap. 9:12). Después de todos estos golpes mortales de la conciencia sobre el

² **Francis Spira o Francesco Spiera** (1502-1548) – Famoso abogado protestante italiano; quien murió bajo una terrible agonía de conciencia porque, por temor a la Inquisición, renunció a la fe protestante. Más tarde, murió en una terrible desesperación. Charles Spurgeon dijo que el caso de Spira fue “el caso más terrible, tal vez, excepto el de Judas, que está registrado en la memoria de la humanidad”. Algunos creen que Spira fue el modelo para el ‘hombre en la jaula de hierro’ de Bunyan, en la casa del Intérprete (*El progreso del peregrino*). Su historia se cuenta en *Un relato de la temible situación de Francis Spira* de Nathaniel Bacon, muy conocido por los puritanos.

corazón mismo de un pecador, viene otro tan terrible como cualquiera de los que haya sido nombrado hasta ahora; y es, ...

En quinto lugar, la temible expectativa de la ira venidera que se engendra en el alma de un pecador culpable. De esto leemos: “Una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego” (He. 10:27). Y esto hace que el más resuelto pecador desfallezca y se hunda bajo la carga del pecado porque la lengua del hombre no puede declarar lo que es acostarse y levantarse con esas terribles expectativas. El caso de tales pecadores es algo semejante a lo que se describe en Deuteronomio 28:65-67: “Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará Jehová corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma; y tendrás tu vida como algo que pende delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Quién diera que fuese la tarde! y a la tarde dirás: ¡Quién diera que fuese la mañana! por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado, y por lo que verán tus ojos”. Sólo difiere en esto: En esta escritura, tienes el terror de aquellos descritos, cuya vida temporal pende en dudoso suspenso; pero en las personas de las que estoy hablando, es un temblor bajo las aprensiones y las expectativas de *la venganza del fuego eterno*.

Créanlo amigos, las palabras no pueden expresar lo que sienten esas pobres criaturas que se acuestan y se levantan bajo estos temores y espantos de conciencia. “Señor, ¡qué será de mí! Estoy abandonado entre los muertos, sí, entre los condenados. Cuelgo del frágil hilo de una vida momentánea, que se romperá y debe romperse pronto; y al romperse al momento siguiente, [estaré] sobre las llamas eternas”. Ningún pan agradable se ha de comer en estos días, sino lo que es semejante al pan de los condenados.

Así, ya ven ustedes, cuál es la carga del pecado cuando Dios la hace recaer sobre las conciencias de los hombres. ¡Ninguna carga de aflicción se le compara! Las pérdidas de los parientes más queridos, las penas por un hijo único, no son tan punzantes ni penetrantes como éstas. Porque,...

Ningún gozo de las criaturas es placentero bajo estas tribulaciones internas. En otras tribulaciones, pueden significar algo para el alivio de un hombre; pero aquí, no son nada. ¡La herida es demasiado profunda para ser sanada por algo que no sea la sangre de Jesucristo! La conciencia requiere tanto para satisfacerse a sí misma, como Dios requiere para satisfacerse a Él. “Cuando Dios esté en paz contigo”, dice la conciencia, “entonces yo también estaré en paz contigo, pero hasta entonces, no esperes de mí descanso ni paz. ¡Todos los placeres y diversiones del mundo no

detendrán jamás mi boca! Ve adonde quieras, yo te seguiré como tu sombra. ¡Así sea tu porción en el mundo tan dulce como quieras, dejaré caer hiel y ajeno en tu copa, de modo que no probarás dulzura en nada hasta que hayas obtenido tu perdón!”.

Estas tribulaciones internas por el pecado, alejan la mente de todos los placeres y deleites pasados. No tiene más sabor ni más gusto para ellos que la clara de un huevo. La música es desafinada. Todos los instrumentos chirrean y gimen. Los adornos no tienen belleza. ¡Qué ánimo tiene una pobre criatura para adornar ese cuerpo en el que habita un alma tan miserable! ¡[No tiene ánimo] para alimentar y mimar ese cadáver que ha sido el incentivo e instrumento del alma en el pecado y que debe ser su compañero en la miseria eterna! ...

Si se pregunta, en último lugar, ¿por qué Dios hace que la carga del pecado oprima tanto los corazones de los pobres pecadores? Nosotros respondemos,

Primero, lo hace para divorciar sus corazones del pecado, dándoles una prueba experiencial de la amargura y el mal que hay en el pecado. Los corazones de los hombres están naturalmente apegados con deleite a sus caminos pecaminosos; todas las razones y argumentos del mundo, son demasiado débiles para separarlos de sus amadas concupiscencias. Los bocados del pecado descienden suave y dulcemente; los hacen rodar con mucho deleite bajo sus lenguas y es [necesario] que sean suministradas pociones tan amargas como éstas “para hacer que sus estómagos se levanten contra el pecado”. [Eso es lo que significa la] palabra usada por el Apóstol en 2 Corintios 7:11: “Que hayáis sido contristados según Dios”. Señala el levantamiento del estómago con ira, un enojo que llega hasta la enfermedad; y ésta es la manera, la mejor y más eficaz, de separar el alma de un pecador de sus concupiscencias porque, en estas tribulaciones, la conciencia dice, como en Jeremías 4:18: “Tu camino y tus obras te hicieron esto; esta es tu maldad, por lo cual amargura penetrará hasta tu corazón”.

Segundo, el Señor hace esto para que Jesucristo sea más bienvenido y deseable para el alma. Cristo no es *dulce* hasta que el pecado es hecho *amargo* para nosotros. “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos” (Mt. 9:12). Una vez Dios hiere el corazón de un pecador con el sentido punzante del pecado, entonces nada en el mundo es tan precioso, tan necesario, tan vehementemente deseado y anhelado como Jesucristo. “¡Oh, si tuviera a Cristo, aunque anduviera en harapos, aunque no me alimentara con otra comida todos mis días, sino con el pan y el agua de la aflicción!”. Éste es el lenguaje de un alma llena del sentido del mal del pecado.

Tercero, el Señor hace esto para destacar las riquezas de su gracia gratuita a los ojos de los pecadores. La gracia nunca se manifiesta como gracia hasta que el pecado se manifiesta como pecado. Cuanto más profundo sea nuestro sentido de la maldad del pecado, más profunda será nuestra comprensión de la gracia gratuita de Dios en Cristo... Así, has tenido una breve descripción de lo que es la carga del pecado, cómo se sostienen las almas bajo esa carga y por qué el Señor hace que el pecado pese tanto sobre las almas de algunos pecadores.

Tomado de Las obras completas del reverendo John Flavel, (*The Whole Works of the Reverend John Flavel*), vol. 2 (London; Edinburgh; Dublin: W. Baynes & Son; Waugh & Innes; M. Keene, 1820), 158-162, 164-166; de dominio público.

John Flavel (c. 1630-1691): Ministro presbiteriano inglés; nacido en Bromsgrove, Worcester, Inglaterra, Reino Unido.



Mi conciencia está cautiva de la palabra de Dios. No puedo ni quiero retractarme de nada porque ir en contra de la conciencia no es ni correcto ni seguro. —*Martin Lutero*

La conciencia cauterizada: Así están los que han dado su nombre a Cristo, pero levantan su calcañar contra Él, de los cuales el Apóstol habla: “Teniendo cauterizada la conciencia” (1 Ti. 4:2), es decir, teniendo una conciencia corrupta y putrefacta que tiene la marca del diablo sobre ella. Claramente, una conciencia cauterizada es una conciencia podrida, venenosa, ulcerada, pestilente, sucia y gangrenada. No cumple ninguna de sus funciones, sino que, incluso, ya no es sensible. [Podría haber estado] en el hospital de Cristo sometida a la cura de las enfermedades del alma; pero a través de la indulgencia del pecado y no siendo capaz de soportar las convicciones agudas, las reprensiones amargas y las exhortaciones finales de la Palabra, su conciencia se apaga hasta una insensibilidad sin sentido (Jer. 44:16-19). Me refiero a este rango de pecadores libertinos, a todos aquellos que frecuentan las ordenanzas, así como a aquellos que las rechazan; que hacen profesión de religión, así como aquellos que odian la profesión y, sin embargo, tienen una reserva de pecado de la cual no se quieren separar. El dolor (tú lo sabes) corresponde a quien necesita cura... Para curarse: Oponte, seriamente, a esas peculiares maneras de pecar que te han llevado a esto. Tú las conoces. No hay nadie que tenga la conciencia cauterizada, que no sepa o pueda saber, fácilmente, cómo llegó a eso. Sólo uno o dos tipos de pecados son eminentemente perjudiciales para sus almas en este caso. Aunque una conciencia cauterizada es peor que una conciencia adormecida, como es más fácilmente discernible, es razonable que se pongan a curarla más rápida y vigorosamente! Cuidense de considerar pequeño cualquier pecado, no sea que al final, no consideren grande ningún pecado. Señores, Dios ha sido su Médico y ha usado una variedad de remedios. Si ninguno prevalece y ustedes se esfuerzan industriosamente por cauterizar sus conciencias para volverlas insensibles, tan cierto como que Dios es veraz, Él los hará conscientes de su pecado por medio de quemaduras eternas. —*Samuel Annesley*

MINISTROS Y CONCIENCIAS

William Fenner (1600-1640)

“El cual he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere, y conforte vuestros corazones” (Colosenses 4:8).

OBSERVACIÓN: Los ministros deben indagar por el estado de su pueblo. La razón: [Es moralmente necesario que] cada uno considere ahora en qué estado se encuentra ante su Dios¹. Ésta es una gran cuestión que nosotros, los ministros, debemos exigir a nuestro pueblo para conocer su estado, ...

Primero, porque somos pastores y estamos obligados a mirar bien cómo está nuestro rebaño. Si no nos esforzamos por conocer su estado, nunca podremos vigilar bien sus almas. Consideren este pasaje en Proverbios: “Sé diligente en conocer el estado de tus ovejas, y mira con cuidado por tus rebaños” (Pr. 27:23). [Allí,] el hombre sabio, primero, requiere que miremos bien a nuestros rebaños y, luego, [él] nos indica cómo, viz.², siendo diligentes para conocer su estado [y] cómo están al respecto.

Segundo, somos obreros de Dios. Debemos saber en qué estado se encuentra nuestra obra, pues de lo contrario, ¡podríamos trabajar y trabajar, y todo sería en vano! Podemos predicar, exhortar y llamar a nuestra gente a oír, creer y obedecer; y todo esto podría ser en vano, si no preguntamos en qué estado se encuentran. Ésta es la razón por la que Pablo no podía dejar de enviar a alguien a preguntar cómo estaban los tesalonicenses (1 Ts. 3:5) —en qué estado se encontraban, cómo iba su fe, si la guardaban o no, no fuera que el tentador los hubiera tentado y su labor hubiera sido en vano—. Porque eso habría ocurrido en toda su predicación y enseñanza, si no hubieran estado en buena condición. Por tanto, envié a preguntar para saberlo.

En tercer lugar, debemos de cuidar y encargarnos de sus almas. Ahora, entonces, ¿cómo podemos estar tranquilos si no sabemos en qué estado se encuentran sus almas? Un buen padre no puede estar tranquilo si no sabe cómo están sus hijos. ¿Y si están enfermos? ¿Y si no están bien? Oh, sería un consuelo para un buen padre saber que sus hijos están bien. Pero si fuera de otra manera con ellos, aunque le afligiera mucho, preferiría saberlo que no saberlo porque si lo sabe, puede saber mejor qué hacer.

¹ **Que estado... ante Dios** – Cuál es la condición espiritual delante de Dios.

² **Viz.** – Del latín *videlicet*: es decir; a saber.

Así sucedía con el Apóstol; su mismo corazón anhelaba a los filipenses. “Oh, mi pobre pueblo”, pensaba él, “me pregunto en qué estado se encuentran. ¿Y si vacilan? ¿Y si fracasan? ¿Y si el diablo los ha tentado a pecar y a apostatar? ¿Y si tienen problemas de conciencia?”. Nunca habría podido estar en paz hasta que supiera en qué estado se encontraban. “Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado” (Fil. 2:19). Él tenía un gran cuidado de sus almas y, por lo tanto, reconfortaría su corazón saber en qué estado se encontraban.

En cuarto lugar, somos maestros y, por lo tanto, debemos conocer el estado de nuestro pueblo. De lo contrario, ignoramos qué doctrina proporcionarles, qué puntos tratar con ellos. Pablo, en esta epístola a los colosenses, conociendo sólo su estado en general, les da abundantes preceptos generales y exhortaciones. Les describe el misterio de Cristo, los amonesta a permanecer firmes en Él, a abrazar la predicación de la Palabra, a guardarse de la filosofía, y de las vanas tradiciones y argumentos engañosos de los hombres, a cuidarse de la excesiva afición a las ceremonias que finalizaron todas en Cristo, a poner sus afectos en el cielo, a mortificar las obras de la carne, a despojarse del viejo hombre. Les advierte que sean amorosos y humildes. Ordena a las esposas que cumplan sus deberes para con sus maridos y a los maridos que amen a sus esposas, a los hijos que obedezcan a sus padres y a los padres que alienten a sus hijos. A los siervos [les ordena], que obedezcan a sus amos; a los amos, que traten bien a sus siervos y a todos que perseveren en la oración, en la vigilancia y en la acción de gracias. [Les ordena] que anden sabiamente con los de afuera, que se cuiden de comunicarse piadosa y santamente. Así, conociendo su estado sólo en general, les enseña en general, y por eso, ahora concluye, como si dijera: “Hablo algo en general porque no conozco vuestro estado en particular; por lo tanto, les envío a Tíquico, un ministro fiel y bueno, para que conozca vuestro estado y les trate debidamente. Puede ser que a algunos de ustedes les falten corrosivos³; puede ser que a algunos les falten cordiales⁴; puede ser que algunos tengan necesidad de ser examinados y humillados, o animados y consolados. Le he enviado para que averigüe vuestro estado y para que haga lo que corresponda”. “El cual he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere, y conforte vuestros corazones” (Col. 4:8).

El uso de esto es triple:

1. Primero, para instrucción. Por lo tanto, podemos ver que un ministro no hace más que su deber cuando indaga sobre los estados de los

³ **Corrosivos** – Remedios médicos que corroen por acción química.

⁴ **Cordiales** – Medicinas o tónicos que animan o estimulan el corazón.

hombres y cómo están delante de Dios. No es fisgonear en los asuntos de otros hombres. No es ser un entrometido en los problemas de otros hombres. No es un espíritu de intromisión. ¡No! Un ministro sólo cumple con su deber cuando lo hace. ¿Cómo puede un médico aplicar un tratamiento médico verdadero y apropiado, a menos que indague el estado de los cuerpos de los hombres? (Jer. 8:11). Ahora, un ministro es un médico de las almas de los hombres y, por lo tanto, él debe indagar por el estado de las almas de los hombres y cómo están delante de Dios. Son hombres de Belial los que dicen: “¿Qué? ¿Debe saberlo todo el ministro?” y “¿no puede hacerse nada sin que el ministro se entere?”. Estos son discursos muy malvados. El ministro no hace más que su deber cuando indaga.

2. El segundo uso puede ser para reprender. Si es el deber de un ministro indagar acerca del estado de los hombres ante Dios, entonces aquellas personas que no dan a conocer su estado, son culpables. ¿Cuál es la razón de que tantos hombres permanezcan en un estado podrido, si no es porque se resisten a revelar, verdadera y plenamente, lo que son a los ministros de Dios? No, muchos son como los del profeta Isaías que dicen a los videntes: “No veáis” (Is. 30:10). No quieren que los ministros de Dios vean lo que hacen ni vean lo que son. Confieso que hay algunos que revelarán algo sobre su estado, pero no todo lo que saben por sí mismos. Se guardan lo esencial, como algunos clientes tontos que informan mal a su abogado, presentando su caso mejor de lo que en realidad es y así, su causa fracasa. Así, algunos se guardan lo que daría más luz para juzgar su estado. Pero esto no debería ser así. Puedo darles un ejemplo de uno que, estando preocupado por su situación ante Dios, [dijo] con algunos ministros que estaban presentes: “Oh”, dijo él, “les diré todo lo que sé de mí mismo. No les ocultaré ni una sílaba. Y si en verdad no soy mejor que un miserable, les suplico que me digan, claramente, que lo soy. Y si estoy en Cristo, les suplico que me lo demuestren claramente”. Este hombre tomó el camino correcto y así, por la misericordia de Dios, llegó en poco tiempo a la seguridad de su propio bendito estado y condición.

3. Tercero, para exhortación. Permite que los ministros de Dios conozcan tu estado para que puedan hablarte en consecuencia. De este modo, podrán hablarte las palabras a su debido tiempo... Si no tuvieras más que un corte en un dedo, ¿no te alegrarías de tener el vendaje adecuado? Y si tuvieras una fiebre ardiente, ¿no desearías el remedio adecuado? ¿Cuánto más para curar la enfermedad del alma?

Tomado de *El espejo del alma, con un tratado sobre la conciencia (The Soul's Looking-glass, with a Treatise of Conscience)*. (Cambridge: Roger Daniel Printer, 1640); de dominio público.



UNA CONCIENCIA CONDENADA

John Flavel (c. 1630-1691)

EL espíritu del hombre es una criatura muy tierna, sensible y aprensiva: El ojo del cuerpo no es tan sensible al tacto, un nervio del cuerpo no es tan sensible al pinchazo como lo es el espíritu del hombre al más mínimo toque de la indignación de Dios sobre él. “¿Quién soportará al ánimo angustiado?” (Pr. 18:14). Otras heridas externas infligidas al cuerpo por el hombre o por Dios son tolerables, pero la que toca, directamente, el espíritu del hombre es insufrible. ¿Quién puede soportarla o aguantarla?

Y así como el espíritu del hombre tiene el sentido más delicado y exquisito de la miseria, así también, tiene una vasta capacidad para recibir y dejar entrar en él la plenitud de la angustia y la miseria. Es un vaso grande, llamado vaso de ira “preparado para destrucción” (Ro. 9:22). La gran capacidad del alma se ve en esto: ¡Ninguna de las criaturas del mundo tiene el poder para satisfacerla y llenarla! Puede beber, como decimos, todos los ríos del bien creado, y su sed no se sacia con semejante trago¹; sino que, después de todo, clama: “¡Dame!, ¡dame!” (Pr. 30:15). Nada, sino un Dios infinito puede calmar y satisfacer su apetito y su furiosa sed.

Y así como es capaz y receptivo de más bien del que se encuentra en todas las criaturas, también es capaz de más miseria y angustia de la que todas las criaturas pueden infligir. Que todos los elementos, todos los hombres en la tierra, sí, todos los demonios y condenados en el infierno, conspiren y se unan en un designio para atormentar al hombre, sin embargo, cuando lo hayan hecho todo, su espíritu es capaz de un grado más de tormento —un tormento tan superior a él como un potro² está más allá de una cama dura o la espada en sus entrañas está más allá del rascño de un alfiler—. Los demonios son, de hecho, los verdugos y atormentadores de los condenados; pero si eso fuera todo lo que son capaces de sufrir, el tormento de los condenados sería comparativamente suave y apacible para lo que ellos son. Oh, la grandeza del entendimiento del hombre —¡qué no abarcará en su vasta capacidad!—.

Pero añádase a esto que las almas condenadas tienen todos aquellos afectos sumidos en un sueño profundo y eterno, cuyos ejercicios serían

¹ **Trago** – Sorbo grande de bebida; acto de beber o tragar.

² **Potro** – Instrumento de tortura consistente en un marco sobre el cual se estiraba a la víctima mediante rodillos giratorios a los que se le ataban las muñecas y los tobillos.

aliviados, vaciando sus almas de cualquier parte de su miseria y todas aquellas pasiones, completa y eternamente despertadas, que aumentan sus tormentos. Los afectos de alegría, deleite y esperanza están yertos³ en ellos y profundamente dormidos, para no ser despertados nunca más. En las Escrituras, se dice que su esperanza *perece*, es decir, que perece de tal manera que, después de la muerte, nunca volverá a actuar por toda la eternidad. La actividad de cualquiera de esos afectos, sería como una ventisca refrigerante o un manantial refrescante en medio de sus tormentos... Y así como estos afectos están dormidos, así sus pasiones están despiertas y están completamente despiertas para atormentarlos —tan despiertas que nunca más duermen—. Las almas de los hombres son, a veces, sacudidas⁴ y sobresaltadas en este mundo por las obras o varas⁵ de Dios, pero en seguida, duermen de nuevo y lo olvidan todo; pero de aquí en adelante, los ojos de sus almas se mantendrán continuamente despiertos para contemplar y considerar su miseria; sus entendimientos serán claros y muy aprensivos; sus pensamientos fijos y determinados; sus conciencias activas y eficaces⁶; y por todo esto, su capacidad para asimilar lo más profundo de su miseria, se ampliará al máximo.

La ira, la indignación y la venganza de Dios derramadas como justa recompensa por el pecado, sobre las espaciosas almas de los condenados, son la parte principal de su miseria en el infierno... Las almas de los condenados pueden soportar más miseria que la que todas las criaturas pueden infligirles. Cuando el alma sufre por la mano del hombre, sus sufrimientos son por simpatía con el cuerpo o, si son directos, no son más que un ligero golpe que la mano de una criatura puede dar. Pero cuando tiene que ver con un Dios vengador del pecado y eso, directamente, este golpe corta el espíritu del hombre como se ha expresado (Sal. 88:16).

El cuerpo es el vestido del alma. La mayoría de las flechas disparadas contra el alma en este mundo, no hacen sino clavarse en la ropa, es decir, alcanzan al hombre exterior; pero en el infierno, el espíritu del hombre es el blanco⁷ al que Dios mismo dispara. Todas sus flechas envenenadas alcanzan el alma, la cual, después de la muerte, queda desnuda y descubierta para ser herida por la mano de Él. Al morir, el alma de todo hombre malvado cae, inmediatamente, en las manos del Dios vivo. “Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo” como dice el Apóstol (He. 10:31). Su castigo es ser “excluidos de la presencia del Señor y de la gloria

³ **Yerto** – Tieso o rígido, especialmente, a causa del frío o de la muerte.

⁴ **Sacudidas** – Agitadas.

⁵ **Varas** – Disciplinas de Dios.

⁶ **Eficaces** – Que producen el efecto previsto.

⁷ **Blanco** – Objetivo, diana (algunos objetivos antiguos tenían una diana blanca).

de su poder” (2 Ts. 1:9). No son entregados a sus semejantes para ser castigados, sino que Dios mismo lo hará y glorificará su poder, así como su justicia, en su castigo. La ira de Dios recae, inmediatamente, sobre sus espíritus y ésta es la ardiente indignación que devora a sus adversarios (He. 10:27) —un fuego que consume el mismo espíritu del hombre—. “¿Quién conoce el poder de [su] ira?” (Sal. 90:11). Lo insoportable que es, se puede percibir un poco por esa expresión del profeta Nahum: “Los montes tiemblan delante de él, y los collados se derriten; la tierra se conmueve a su presencia, y el mundo, y todos los que en él habitan. ¿Quién permanecerá delante de su ira?, ¿y quién quedará en pie en el ardor de su enojo? Su ira se derrama como fuego, y por él se hienden las peñas” (Nah. 1:5-6).

Y, como si el enojo y la ira no fueran palabras de suficiente filo y agudeza, se llama *indignación ardiente* y *venganza*, palabras que denotan el grado más intenso de la ira divina porque, en verdad, su poder ha de ser glorificado en la destrucción de sus enemigos y, por lo tanto, ahora Él lo hará a propósito. Ahora, los toma en sus propias manos. Ninguna criatura puede atacar al alma directamente: Esa es prerrogativa de Dios. Y ahora, Él tiene que tratar con ella con furia y la venganza es derramada. “¿Estará firme tu corazón? ¿Serán fuertes tus manos en los días en que yo proceda contra ti?” (Ez. 22:14). ¡Ay! El espíritu se acobarda⁸ y muere bajo ella. Éste es el infierno de los infiernos.

¡Qué gemidos desoladores⁹ y lamentos hemos oído de los hijos más queridos de Dios cuando sólo unas pocas gotas de su enojo han sido rociadas sobre sus almas aquí en este mundo! Pero, ¡ay!, no hay comparación entre el enojo o la disciplina paternal de Dios sobre los espíritus de sus hijos y la indignación derramada desde el principio de las venganzas sobre sus enemigos.

El espíritu abandonado de un hombre condenado se convierte en un atormentador para sí mismo por los diversas y eficaces acciones de su propia conciencia, las cuales son una parte especial de su tormento en el otro mundo. La conciencia, que debería haber sido el freno del pecador en la tierra, se convierte en el látigo que debe azotar su alma en el infierno. Tampoco hay ninguna facultad o poder perteneciente al alma del hombre, tan apto y capaz para hacerlo como su propia conciencia. La que fue sede y centro de toda culpa, se convierte ahora, en sede y centro de todos los tormentos. La suspensión de su poder atormentador en este mundo es un misterio y una maravilla para todos los que lo consideran debidamente. Porque, ciertamente, si el Señor dejara que la conciencia

⁸ **Acobarda** – Siente miedo.

⁹ **Gemidos desoladores** – Tristeza; aflicción.

de un pecador viniera sobre él con furia, en medio de sus pecados y placeres, lo pondría en un infierno sobre la tierra como vemos en los tristes casos de Judas, Spira, etc. Pero, generalmente, Él mantiene una mano de restricción sobre ellos en esta vida y permite que duerman tranquilos con una conciencia apenas susurrando de descontento o cauterizada que se acuesta junto a ellos como un león dormido y los deja solos.

Pero tan pronto como el alma sin Cristo es expulsada del cuerpo y arrojada [al infierno] por la eternidad, ante el tribunal de Dios, la conciencia se despierta y se enfurece para no ser apaciguada nunca más. Ahora, atormenta y tortura al alma miserable con su máxima eficacia y actividad. Los meros presagios y presentimientos¹⁰ de la ira por parte de las conciencias de los pecadores en este mundo, les hacen yacer con una palidez espantosa en sus rostros, con un temblor universal en todos sus miembros, con un horror sudoroso y frío sobre sus pechos jadeantes como hombres que ya están en el infierno. Pero esto, todo esto, no es más que el sudor de las piedras antes de que caiga la gran lluvia. Las actividades de la conciencia (especialmente en el infierno) son diversas, vigorosas y espantosas de considerar, tales son sus *reconocimientos*, *acusaciones*, *condenas*, *repreensiones*, *vergüenzas* y *temibles expectativas*.

1. La conciencia de los condenados reconocerá y recordará con frescura en sus mentes, los pecados cometidos en este mundo. Porque, ¿qué es la conciencia, sino un registro o libro de actas, en el que *cada* pecado se clasifica en su lugar y orden apropiados? Este acto de la conciencia es fundamental para todos sus otros actos porque no puede acusarnos, condenarnos, reprendernos o avergonzarnos por lo que ha olvidado, lo cual no tiene sentido. “Hijo, acuérdate” (Lc. 16:25), dijo Abraham a Divas¹¹, en medio de sus tormentos. Este recuerdo de los pecados pasados, de las misericordias pasadas, de las oportunidades pasadas, pero, especialmente, de la esperanza pasada y desaparecida con ellos, para no ser recuperada nunca más, es como ese fuego no atizado que los consumirá (del que habla Zofar en Job 20:26) o la punta resplandeciente que saldrá por su hiel (Job 20:25).

2. Presenta cargos y acusa al alma condenada. Sus cargos son cargos directos, positivos y evidentes. Mil testigos legales e intachables¹², no pueden confirmar ningún punto, más de lo que puede hacerlo un testigo en el pecho de un hombre. Les hace convictos¹³ y les cierra la boca, dejándoles sin excusa ni disculpa alguna. Justos y rectos son los juicios de

¹⁰ **Presagios y presentimientos** – Señales de que algo sucederá y sentimientos de cosas malas por venir.

¹¹ **Divas** – (Vulgata latina) hombre rico a cuya puerta yacía Lázaro (Lc. 16:19-31).

¹² **Intachable** – Que no puede ser criticado u objetado. Sin tacha.

¹³ **Convicto** – Un reo cuyo delito ha sido probado, aunque no lo haya confesado.

Dios sobre ti, dice la conciencia. En todo este océano de miseria, no hay ni una gota de injuria o maldad. El juicio de Dios es conforme a la verdad.

3. Condena, así como acusa y testifica, y lo hace con una sentencia terrible. Respaldando y aprobando la sentencia y el juicio de Dios (1 Jn. 3:21), todo aquel que se auto destruye será auto condenado. Ésta es una parte primordial de su miseria.

4. Los reproches de la conciencia en el infierno son terribles e insufribles. [Si no nos arrepentimos, seremos] continuamente golpeados en los dientes y reprendidos por nuestra locura, terquedad y obstinación como la causa de toda esa miseria eterna que hemos hecho caer sobre nuestras propias cabezas. ¿Qué es esto, sino frotar la herida con sal y vinagre? De este tormento, tuvo miedo el santo Job y, por lo tanto, resolvió hacer lo que estaba en su poder para evitarlo, cuando dice: “No me reprochará mi corazón [es decir, la *conciencia*] en todos mis días” (Job 27:6). ¡Oh, los reproches y los escarnios de la conciencia son heridas y latigazos crueles para el alma!

5. Las vergüenzas de la conciencia son tormentos insufribles. La vergüenza surge de la vileza¹⁴ de las acciones descubiertas. Si las inmundicias secretas de algunos hombres se hicieran públicas en este mundo, eso los confundiría. ¿Qué sucederá, entonces, cuando todo quede al descubierto, como será después de esta vida [cuando] sus propias conciencias arrojen sobre ellos la vergüenza de todo? No sólo serán burlados por Dios (Pr. 1:26), sino también por sus propias conciencias.

Tomado de Las obras completas del reverendo John Flavel (*The Whole Works of the Reverend John Flavel*), vol. 3 (London; Edinburgh; Dublin: W. Baynes and Son; Waugh and Innes; M. Keene, 1820), 135-139; de dominio público.



¹⁴ **Vileza** – Carácter vergonzoso; perversión moral.

UNA BUENA CONCIENCIA

Arthur W. Pink (1886-1952)

“Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (Hebreos 13:18).

ESTA expresión, “una buena conciencia”, aparece en varios otros pasajes del Nuevo Testamento. Debido a su profunda importancia, requiere nuestra mayor atención. Mucho se dice en la Palabra acerca de la conciencia y mucho depende de que tengamos y conservemos una buena conciencia. Por lo tanto, nos corresponde dar nuestra mejor consideración a este importante tema. No sólo es de gran importancia práctica, sino que es especialmente oportuno, en vista de la época sin conciencia en que vivimos...

Ahora, la conciencia es buena o mala, según esté gobernada por la voluntad revelada de Dios. Brevemente, primero, la *mala* conciencia: Ésta es de varias clases. Está la conciencia ignorante y oscurecida, relativa y no absolutamente, porque todos... poseen racionalidad y la luz de la naturaleza. Ésta es la condición de los paganos y, por desgracia, de un número cada vez mayor en la cristiandad, los cuales son criados en hogares donde se ignora por completo a Dios. Luego, está la conciencia descarada¹ y desafiante que se niega, abiertamente, a someterse a la voluntad conocida de Dios; tal fue el caso de Faraón. En el caso de Herodes, vemos una conciencia sobornada, simulando que su juramento, le obligaba a decapitar a Juan el Bautista. La conciencia cauterizada e insensible (1 Ti. 4:2) pertenece a los que se han resistido durante mucho tiempo a la luz y han sido entregados por Dios a una mente reprobada². La conciencia desesperanzada y desesperada lleva a su poseedor a poner violentas manos sobre sí mismo.

En el nuevo nacimiento, la conciencia es renovada, siendo grandemente vivificada e iluminada por el Espíritu Santo. A través del ejercicio de la fe, la conciencia es purificada (Hch. 15:9), siendo limpiada por una apropiación de la sangre de Cristo (He. 9:14). Una buena conciencia puede definirse como aquella que *está dispuesta a agradar a Dios en todas las cosas*, pues odia el pecado y ama la santidad. Está gobernada por la Palabra, estando en sujeción a la autoridad de su Autor. Su regla obligatoria es la obediencia a Dios y sólo a Él, negándose a actuar separado de

¹ **Descarada** – Desvergonzada.

² **Reprobada** – Rechazada por Dios.

su luz. En consecuencia, cuanto más consciente es el cristiano, más rechaza todo dominio (las tradiciones y opiniones del hombre) que no sea divino y lo más probable es que se gane la reputación de engreído e intratable³. Sin embargo, cada uno de nosotros debe estar muy en guardia para no confundir el orgullo y la voluntad propia con una conciencia escrupulosa. Hay una gran diferencia entre la firmeza y un espíritu no enseñable, como la hay entre la mansedumbre y la volubilidad⁴.

¿Cómo se obtiene una conciencia buena y pura? Brevemente, informándola correctamente y expulsando su inmundicia mediante la confesión penitencial⁵. La primera gran necesidad de la conciencia es la *luz*, pues la ignorancia la corrompe. “El alma sin ciencia⁶ no es buena” (Pr. 19:2). Así como un juez que no entiende las leyes de su país no es apto para emitir juicio sobre cualquier asunto que se le presente o como un ojo entenebrecido no puede desempeñar debidamente su oficio, así también una conciencia ciega o desinformada es incapaz de juzgar acerca de nuestro deber ante Dios. La conciencia no puede ponerse de parte de Dios, a menos que conozca la voluntad de Él y para conocerla plenamente, debemos leer y escudriñar, diariamente, las Escrituras. “¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Sal. 119:9). ¡Oh, que podamos decir: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105)!

Mencionemos ahora, algunas de las cualidades o características de una buena conciencia. Primero, la *sinceridad*. Ay, qué poco queda de esta virtud en el mundo: Cuántas farsas e hipocresía hay ahora por todas partes —en el ámbito religioso, político, comercial y social—. Ésta es una generación sin conciencia; en consecuencia, hay poca o ninguna honestidad, fidelidad o veracidad. Lo que ahora regula a la persona promedio es una conveniencia⁷ temporal, en lugar de actuar de acuerdo a principios. Pero es diferente con los regenerados⁸. El temor del Señor ha sido plantado en su corazón; por lo tanto, puede decir con el Apóstol: “Confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (He. 13:18). Una conciencia sincera desea, genuinamente, conocer la voluntad de Dios y está verdaderamente determinada a someterse a

³ **Intratable** – Terco; difícil de tratar; inmanejable.

⁴ **Mansedumbre y volubilidad** – Humildad y volatilidad de carácter.

⁵ **Penitencial** – Expresando dolor por el pecado.

⁶ **Ciencia** – Conocimiento, luz.

⁷ **Conveniencia** – Calidad de ser conveniente y práctico, a pesar de ser, posiblemente, impropio o inmoral; inclinación hacia métodos que son ventajosos, en lugar de justos o equitativos.

⁸ **Regenerados** – Aquellos que han nacido de nuevo por el Espíritu Santo.

ella. El engaño⁹ ha recibido su herida de muerte y el corazón está abierto a la luz, dispuesto a ser escudriñado por ella.

La *sensibilidad* es otra propiedad de la buena conciencia. Por esta cualidad, se entiende un corazón despierto que castiga el pecado en todas las ocasiones que se le presentan. Lejos de ser indiferente a las exigencias de Dios, el corazón es sumamente sensible cuando [la conciencia] ha sido ignorada. Incluso, por lo que muchos consideran cosas insignificantes, una conciencia sensible reprenderá y condenará. Job resolvió preservar una conciencia sensible cuando dijo: “No me reprochará mi corazón en todos mis días” (Job 27:6). Además, podemos entender esta característica a partir de su opuesto, es decir, una conciencia cauterizada (1 Ti. 4:2) que se adquiere por una práctica habitual de lo que es malo y el corazón se vuelve tan duro como la carretera pública. Ora con frecuencia por una conciencia sensible, querido lector.

Fidelidad. Cuando la conciencia desempeña fielmente su oficio, hay un constante juicio de nuestro estado ante Dios como una medición de nuestros caminos por su Santa Palabra. Así, el apóstol Pablo pudo decir: “Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy” (Hch. 23:1). El juicio favorable que otros puedan tener de él no dará satisfacción a un hombre recto, a menos que tenga el testimonio de su conciencia de que su conducta es recta a los ojos de Dios. No importa cuál sea la tendencia del momento o la costumbre común de sus semejantes, alguien, cuyo corazón late fiel a Dios, no hará nada a sabiendas en contra de su conciencia. Siempre dirá: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios” (Hch 4:19). Por otra parte, su oración frecuente es: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23-24).

Tranquilidad. Ésta es la recompensa segura de la sinceridad y la fidelidad porque los caminos de la Sabiduría (en contraste con los de la necedad) “son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz” (Pr. 3:17). Una conciencia ofendida nos ofenderá y “¿quién soportará el ánimo angustiado?” (Pr. 18:14). El cristiano puede esperar tanto tocar una brasa encendida sin dolor como pecar sin problemas de conciencia. Pero una conciencia limpia está tranquila, no condena, no está cargada por la culpa del pecado. Cuando caminamos estrechamente con Dios, hay una serenidad de mente y paz de corazón que es todo lo contrario al estado de los que están en anarquía y desobediencia. “Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto” (Is. 57:20). La tranquilidad de

⁹ Engaño – Fraude, argucia.

una buena conciencia es una prueba de la calma imperturbable que nos espera en lo alto.

Pero hay que señalar que no toda conciencia tranquila es buena, ni toda conciencia inquieta es mala. La conciencia de algunos está tranquila porque es insensible. “Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee” (Lc. 11:21). Esa es una conciencia tranquila y mala porque [ha sido] adormecida por los opiáceos¹⁰ de Satanás. La verdadera tranquilidad de conciencia debe determinarse a partir de las otras propiedades: Debe surgir de la sinceridad, la sensibilidad y la fidelidad o, de lo contrario, es una conciencia cauterizada. No debemos considerar cuánta paz interior tenemos, sino cuánta *causa*. Como en un edificio, no se debe considerar la belleza de la estructura, sino sus *cimientos*. Por otra parte, una conciencia sensible está expuesta a equivocarse por falta de luz suficiente y a escribir, innecesariamente, cosas amargas contra sí misma, la cual es una “conciencia débil” (1 Co. 8:12) porque también, podemos estar atribulados por pecados ya perdonados.

Ahora, una buena conciencia, sólo puede mantenerse mediante una diligencia constante: “Por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hch. 24:16). El Apóstol se ocupaba, diariamente, de mantener limpia su conciencia para que no pudiera acusarle justamente de nada, de modo que tuviera el testimonio en su propio corazón de que su carácter y conducta eran agradables a los ojos del Santo. El mantenimiento de una buena conciencia es una parte esencial de la piedad¹¹ personal. “Este mandamiento, hijo Timoteo te encargo... manteniendo la fe y buena conciencia” (1 Ti. 1:18-19). Éste es el resumen de la piedad personal —la fe es el principio de las cosas que debemos creer y la conciencia es el principio de las cosas que debemos hacer—. La fe y la buena conciencia se relacionan de nuevo en 1 Timoteo 1:5 y 3:9 porque no podemos tener la una sin la otra.

Si el lector vuelve a Hechos 24, encontrará que Pablo estaba respondiendo a las acusaciones que se le imputaban. En los versículos 14-16, él hace su defensa, dando en ella, un breve epítome¹² del cristianismo práctico y experiencial. Como fundamento, da cuenta de su fe: “Creyendo todas las cosas... que están escritas”, como la prueba inmediata de ello, “teniendo esperanza en Dios” y, luego, un breve relato de su conducta: “Por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa”. Un conocimiento salvador de la verdad, entonces, es una creencia en las Escrituras que produce una esperanza de vida eterna, lo cual se evidencia por un

¹⁰ **Opiáceos** – Narcóticos, psicofármacos.

¹¹ **Piedad** – Devoción.

¹² **Epítome** – Resumen o relato condensado de algo.

cuidado del corazón con toda diligencia. Lo mismo se enumera de nuevo en “el fin del mandamiento” (el designio de la institución del Evangelio), [que] es ese amor [que] cumple la Ley, que nace de un corazón que late fiel a Dios (1 Ti. 1:5).

“Por esto *procuro*”: Debemos hacer de ello, nuestro esfuerzo constante. *Primero*, escudriñando, diligente y diariamente, las Escrituras para poder descubrir la voluntad de Dios. Somos exhortados: “No seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor” (Ef. 5:17) y esto, para que podamos determinar lo que le agrada, de modo que no lo ofendamos ni en la creencia ni en el culto. Una conciencia mal informada es, en el mejor de los casos, una conciencia débil e ignorante.

Segundo, mediante una seria indagación sobre el estado de nuestro corazón y nuestros caminos: “Temblad, y no pequéis; meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad” (Sal. 4:4). Necesitamos cuestionarnos y pedirnos cuentas a nosotros mismos con frecuencia. Si queremos que la conciencia nos hable, debemos hablarle a menudo. Se nos ha dado por esta misma razón, para que podamos juzgar nuestro estado y nuestras acciones con respecto al juicio de Dios. Entonces, “escudriñemos nuestros caminos” (Lm. 3:40). Tómate tu tiempo, querido lector, para dialogar¹³ contigo mismo y considerar cómo están las cosas entre tú y Dios. Las cuentas cortas evitan los errores, así que revisa cada día y corrige lo que se ha interpuesto entre tú y Dios.

Tercero, un curso uniforme de obediencia: “En esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él” (1 Jn. 3:19).

Cuarto, mediante una vigilancia constante: “Velad y orad para que no entréis en tentación” (Mt. 26:41).

Quinto, mediante una seria resistencia y mortificación¹⁴ del pecado: Cortándose la mano derecha y sacándose el ojo derecho.

Sexto, mediante un sincero arrepentimiento y confesión cuando se es consciente de la falta.

Séptimo, mediante la apropiación, por la fe, de la sangre purificadora de Cristo.

Tomado de Estudios en las Escrituras (*Studies in the Scriptures*), enero 1938; disponible en CHAPEL LIBRARY.



¹³ **Dialogar** – Discutir.

¹⁴ **Mortificación** – Dar muerte. Ver Portavoz de la Gracia N° 29: *Mortificación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

UNA CONCIENCIA EN PAZ

J. C. Ryle (1816-1900)

CRISTO, en una palabra, ha vivido por el verdadero cristiano. Cristo ha muerto por él. Cristo ha ido a la tumba por él. Cristo ha resucitado por él. Cristo ha ascendido a lo alto por él y ha ido al cielo a interceder por su alma. Cristo ha hecho todo, ha pagado todo, ha sufrido todo lo necesario para su redención. De ahí surge la justificación del verdadero cristiano —de ahí su paz—. En sí mismo, no tiene nada; pero en Cristo, tiene todas las cosas que su alma puede requerir (Col. 2:3; 3:11).

¡Quién puede expresar la bendición del intercambio que tiene lugar entre el verdadero cristiano y el Señor Jesucristo! La justicia de Cristo es puesta sobre él y sus pecados son puestos sobre Cristo. Cristo ha sido considerado pecador por causa de él y, ahora, él es considerado inocente por causa de Cristo. Cristo ha sido condenado por él, aunque no había ninguna falta en Él, y, ahora, él es absuelto por causa de Cristo, aunque está cubierto de pecados, faltas y defectos. ¡Aquí está, ciertamente, la sabiduría! Dios puede ahora ser justo y, sin embargo, perdonar al impío. El hombre puede sentirse pecador y, sin embargo, tener una buena esperanza del cielo y sentir paz interior. ¿Quién entre los hombres podría haber imaginado tal cosa? ¿Quién no debería admirarlo cuando lo oye? (2 Co. 5:21).

Leemos en la historia del Evangelio, acerca de una manifestación de su amor... Leemos tocante a Jesús, el Hijo de Dios, descendiendo a un mundo de pecadores, quienes no se preocuparon por Él antes de que viniera ni lo honraron cuando apareció. Leemos de Él, descendiendo a la prisión y sometiéndose a ser atado para que nosotros, los pobres prisioneros, pudiéramos ser libres. Leemos que se hizo obediente hasta la muerte —y muerte de cruz— para que, a nosotros, los indignos hijos de Adán, se nos abriera una puerta a la vida eterna. Leemos de Él que se complació con llevar nuestros pecados y nuestras transgresiones para que pudiéramos vestir su justicia y caminar en la luz y la libertad de los hijos de Dios (Fil. 2:8, 15).

¡Esto bien puede llamarse un amor que “excede a todo conocimiento” (Ef. 3:19)! De ninguna manera, la gracia gratuita podría haber brillado tan intensamente como en el camino de *la justificación por Cristo*.

Éste es el *antiguo camino* por el cual, sólo los hijos de Adán que han sido justificados desde el principio del mundo, han encontrado su paz. Desde Abel en adelante, ninguna persona ha recibido jamás una gota de misericordia, excepto por medio de Cristo. A Él apuntaba cada altar que

se erigió antes del tiempo de Moisés. A Él dirigían, los hijos de Israel, todos los sacrificios y ordenanzas de la ley judía. De Él dieron testimonio todos los profetas. En una palabra, si se pierde de vista la justificación por Cristo, una gran parte de las Escrituras del Antiguo Testamento se convertirá en un laberinto enredado y sin sentido.

Éste es el camino de justificación que *satisface, exactamente, los deseos y requisitos de la naturaleza humana.* Aún queda una conciencia en el hombre, aunque es un ser caído. Hay un tenue sentido de su propia necesidad que, en sus mejores momentos, se hará oír y que nada, sino Cristo, puede satisfacer. Mientras su conciencia no esté hambrienta, cualquier juguete religioso satisfará el alma de un hombre y lo mantendrá tranquilo. Pero una vez que su conciencia esté hambrienta, nada lo tranquilizará, sino el alimento espiritual —y ningún alimento, sino Cristo—.

Hay algo dentro de un hombre cuando su conciencia está realmente despierta que le susurra: “Debe pagarse un precio por mi alma o no habrá paz”. De inmediato, el Evangelio le sale al encuentro con Cristo. Cristo ya ha pagado un rescate por su redención. Cristo se entregó a Sí mismo por él. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (Gá. 2:20; 3:13).

Hay algo dentro de un hombre cuando su conciencia está realmente despierta que le susurra: “Necesito alguna justicia o título para el cielo, o no tendré paz”. De inmediato, el Evangelio le sale al encuentro con Cristo. Él ha traído una “justicia perdurable” (Dn. 9:24). “Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia” (Ro. 10:4). Su nombre es “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 23:6). Dios, “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21).

Hay algo dentro del hombre cuando su conciencia está realmente despierta que le susurra: “Debe haber castigo y sufrimiento por mis pecados o no habrá paz”. De inmediato, el Evangelio le sale al encuentro con Cristo. Cristo padeció por el pecado, “el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 P. 3:18). Él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero. Por su herida fuimos nosotros sanados (1 P. 2:24).

Hay algo dentro del hombre cuando su conciencia está realmente despierta que le susurra: “Debo tener un sacerdote para mi alma o no tendré paz”. De inmediato, el Evangelio le sale al encuentro con Cristo. Cristo está sellado y designado por Dios el Padre para ser el Mediador entre Él y el hombre. Él es el Abogado ordenado para los pecadores. Él es el Consejero y el Médico acreditado de las almas enfermas. Él es el gran Sumo Sacerdote, el todopoderoso Absolvedor, el bondadoso Confesor de los pecadores agobiados (1 Ti. 2:5; He. 8:1).

Sé que hay miles de cristianos profesantes que no ven ninguna belleza

peculiar en esta doctrina de la justificación por Cristo. Sus corazones están enterrados en las cosas del mundo. Sus conciencias están paralizadas, entumecidas y mudas. Pero cuando la conciencia de un hombre comienza, realmente, a sentir y a hablar, verá algo en la expiación y en el oficio sacerdotal de Cristo que nunca antes había visto. La luz no se adapta al ojo ni la música al oído más perfectamente de lo que Cristo se adapta a las necesidades reales de un alma pecadora. Cientos pueden testificar que la experiencia de un pagano convertido en la isla de Raiatea en el Océano Pacífico Sur, ha sido exactamente la de ellos. “Vi”, dijo, “una montaña inmensa, con laderas escarpadas, que traté de escalar, pero cuando había alcanzado una altura considerable, perdí el equilibrio y caí al fondo. Exhausto por la confusión y la fatiga, me alejé y me senté a llorar; y mientras lloraba, vi caer una gota de sangre sobre aquella montaña y, en un momento, se disolvió”. Se le pidió que explicara qué significaba todo aquello. “Esa montaña”, dijo, “eran mis pecados y esa gota que cayó sobre ella, era una gota de la preciosa sangre de Jesús, por la cual la montaña de mi culpa se derritió”¹.

Éste es el único y verdadero camino hacia la paz: La justificación por Cristo. Cuidado, no sea que alguno los desvíe de este camino y los lleve a alguna de las falsas doctrinas de la religión de Roma. ¡Ay, es asombroso ver cómo esa [tradicción] ha construido una casa de gran error junto a la casa de la verdad! Aférrate a la verdad de Dios sobre la justificación y no te dejes engañar. No escuches nada de lo que puedas oír sobre otros mediadores y ayudantes de la paz. Recuerda que no hay sino un solo *mediador* —Jesucristo— no hay *purgatorio* para los pecadores, sino uno —la sangre de Cristo— no hay *sacrificio* por el pecado, sino uno —el sacrificio que se hizo una vez en la cruz— ni *obras* que puedan merecer algo, sino la obra de Cristo; ni *sacerdote* que pueda absolver verdaderamente, sino Cristo. Permanece firme y en guardia. No des a otro la gloria que se debe a Cristo.

¿Qué sabes de Cristo? No dudo de que hayas oído hablar de Él de oídas... Tal vez, estés familiarizado con la historia de su vida y muerte. Pero, ¿qué conocimiento experiencial tienes de Él? ¿Qué uso práctico haces de Él? ¿Qué tratos y transacciones ha habido entre tu alma y Él?

Oh, créanme, *no hay paz con Dios excepto por medio de Cristo!* La paz es su don peculiar. La paz es el legado que sólo Él tuvo el poder de dejar tras de Sí cuando dejó el mundo. Cualquier otra paz aparte de ésta, es una burla y un engaño. Cuando el hambre pueda ser aliviada sin comida, la sed apagada sin bebida y el cansancio eliminado sin descanso, entonces, y solo entonces, los hombres encontrarán paz sin Cristo.

¹ John Williams, Una narración de las empresas misioneras en las islas del Mar del Sur (*A Narrative of Missionary Enterprises in the South Sea Islands*). (London: J. Snow, 1837), 370-371.

Ahora, ¿es ésta tu paz? Comprada por Cristo con su propia sangre, ofrecida por Cristo, gratuitamente, a todos aquellos que están dispuestos a recibirla, ¿es ésta tu paz? ¡Oh, no descanses! No descanses hasta que puedas dar una respuesta satisfactoria a mi pregunta: ¿TIENES PAZ?

Tomado de *Sendas antiguas: Declaraciones claras sobre algunos de los asuntos más importantes del cristianismo (Old Paths: Being Plain Statements of Some of the Weightier Matters of Christianity)* London: Charles J. Thynne, 1898), 221; de dominio público.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana; nacido en Macclesfield, condado de Cheshire, Inglaterra, Reino Unido.



El gozo de la conciencia es el mayor gozo, como la tribulación de la conciencia es la mayor tribulación. Cuando la conciencia da su testimonio con nosotros y por nosotros, ¡cuán llena de gozo está el alma, aun en medio de las penas más profundas y de los mayores sufrimientos! Una buena conciencia tiene confianza segura y el que la tiene, se sienta como Noé —tranquilo en el más grande fuego; liberado, si no de la destrucción común, sí de la distracción común—. Una buena conciencia es una fortaleza inexpugnable... Hará a un hombre capaz de resistir contra las más feroces baterías de hombres y demonios. Una buena conciencia, llenará a un hombre de valor y consuelo, en medio de todos sus problemas y angustias. Pablo tenía bastante que decir en su favor cuando se presentó ante el concilio: “Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy” (Hch. 23:1-2). Y aunque tan pronto como lo dijo, Ananías ordenó que le golpearan en la boca, él se mantuvo firme porque su conciencia no lo golpeó, sino que lo absolvió... Una buena conciencia es un paraíso en un desierto; es riqueza en la pobreza, salud en la enfermedad, fortaleza en la debilidad, libertad en las prisiones y vida en la muerte (Is. 38:3). Una buena conciencia hará triunfar a un hombre sobre innumerables males, sí, sobre la muerte misma. Para una persona así, la muerte no es el rey de los terrores, sino el rey de los deseos (Fil. 1:23). Una buena conciencia será la mejor amiga del cristiano en los peores momentos: Será una espada para defenderlo, un bastón para sostenerlo, una columna de fuego para guiarlo, un José para alimentarlo, una Dorcas para vestirlo, una Canaán para refrescarlo y un banquete para deleitarlo: “El de corazón contento tiene un banquete continuo” (Pr. 15:15). Ahora, no hay nada que pueda hacer a un hombre divinamente alegre, salvo que tenga una buena conciencia. “Una buena conciencia”, dice alguien, “es el lecho de Dios, el palacio de Cristo, la morada del Espíritu Santo, el paraíso de las delicias y donde todo árbol ofrece un banquete”. “La tranquilidad de la conciencia y la seguridad de la inocencia, superan todas las cosas que el mundo considera buenas”. El que tiene una buena conciencia goza de una serenidad continua y se sienta, continuamente, en ese banquete bendito, en el que los benditos ángeles son cocineros y mayordomos, como dice Lutero, y las tres personas en Trinidad, huéspedes alegres. Todos los demás festejos de una buena conciencia a éste, son hambre absoluta... La mejor manera en este mundo para que un hombre convierta toda su vida en una alegre fiesta, es conseguir y conservar una buena conciencia. —*Thomas Brooks*

UN POCO DE RELIGIÓN POR EL BIEN DE LA CONCIENCIA

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

HAY todavía otra clase¹ de personas y cuando me haya referido a ellos, no las mencionaré más. Estas son las personas que se dedican a la religión con el fin de *tranquilizar su conciencia* y es asombroso cuán *poco* de religión logra, a veces, eso.

Algunas personas nos dicen que, si en tiempo de tormenta, los hombres vertieran botellas de aceite sobre las olas, se produciría de inmediato, una gran calma. Nunca lo he intentado y lo más probable es que nunca lo haga, pues mi órgano de credulidad no es lo suficientemente grande como para aceptar una afirmación tan exagerada. Pero hay algunas personas que piensan que pueden calmar la tormenta de una conciencia atribulada, vertiendo sobre ella un poco del aceite de una profesión de religión². ¡Es *asombroso* el maravilloso efecto que esto realmente tiene! He conocido a un hombre que se emborrachaba muchas veces durante la semana y que obtenía su dinero de manera deshonesta; sin embargo, siempre tenía la conciencia tranquila por ir regularmente los domingos a su iglesia o capilla. Hemos oído hablar de un hombre que podía devorar “las casas de las viudas” (Mt. 23:14) —un abogado que podía tragarse todo lo que se cruzaba en su camino— y, sin embargo, nunca se iba a la cama sin decir sus oraciones. Eso tranquilizaba su conciencia. Hemos oído hablar de otras personas, especialmente entre los romanistas, que no se opondrían al robo, pero que consideraban el comer cualquier cosa, excepto pescado en viernes, como un pecado terrible, suponiendo que, al ayunar el viernes, todas las iniquidades de todos los días de la semana serían borradas.

Ellos quieren las formas externas de la religión para mantener tranquila la conciencia porque la *conciencia* es uno de los peores huéspedes que se pueden tener en casa cuando se pone beligerante. No se puede permanecer con ella. Es un mal compañero de cama —malo al acostarse e, igualmente, molesto al levantarse—. La conciencia culpable es una de las maldiciones del mundo —apaga el sol y quita el brillo al rayo de luna—. Una conciencia culpable lanza una exhalación nociva a través del aire, quita la belleza

¹ **Nota del editor** – El autor ha mencionado clases de personas que adoptan una religión por diferentes razones: Aquellos que lo hacen para ser respetables, quienes desean ser considerados santos preminentemente y quienes la adoptan por lo que pueden obtener de ella.

² **Profesión de religión** – Hacerse religioso, seguir una religión, sus preceptos y normas.

del paisaje, la gloria del río que fluye, la majestad de las aguas ondulantes. No hay nada bello para el hombre que tiene una conciencia culpable. No necesita que le acusen, *todo* le acusa. Por eso, la gente se dedica a la religión, sólo para tranquilizarse. Toman el sacramento algunas veces; van a un lugar de culto; cantan un himno de vez en cuando; dan una guinea³ a una obra de caridad; se proponen dejar una parte en su testamento para construir casas de beneficencia y, de este modo, la conciencia es adormecida. La arrullan de un lado a otro con observancias religiosas hasta que allí duerme, mientras le cantan la canción de cuna de la hipocresía, y no despierta hasta que se despierte con aquel hombre rico que estaba aquí vestido de púrpura, pero que, en el otro mundo, alzó los ojos en el infierno, estando en tormentos sin una gota de agua para refrescar su lengua ardiente (Lc. 16).

¿Por qué, entonces, debemos correr en esta carrera? Pues por el cielo, la vida eterna, la justificación por la fe, el perdón del pecado, la aceptación en el Amado y la gloria eterna. Si corren por cualquier otra cosa que no sea la salvación, si ganaran, no vale la pena correr por lo que han ganado. ¡Oh! ¡Les suplico a cada uno de ustedes que se aseguren de trabajar por la eternidad! Nunca se contenten con nada menos que una fe viva en un Salvador vivo; no descansen hasta que estén seguros de que el Espíritu Santo está obrando en sus almas. No piensen que lo exterior de la religión puede serles útil: Es sólo la parte interior de la religión lo que Dios ama. Procuren tener un arrepentimiento del que no haya necesidad de arrepentirse —una fe que mire únicamente a Cristo y que los apoye cuando lleguen a las crecidas aguas del Jordán—⁴. Procura tener un amor que no sea como una llama pasajera, que arde por un momento y luego se apaga; sino una llama que aumente y aumente, y siga aumentando, hasta que tu corazón sea tragado por ella y que sólo el nombre de Jesucristo sea el único objeto de tu afecto. Al correr la carrera celestial, no debemos poner ante nosotros nada menos que lo que Cristo puso ante Él. Él se propuso el gozo de la salvación delante de Sí mismo y luego, corrió despreciando la cruz y soportando la vergüenza. Así, hagámoslo nosotros; y ¡que Dios nos dé buen éxito para que, por su buen Espíritu, alcancemos la vida eterna mediante la resurrección de Jesucristo nuestro Señor!

Tomado de un sermón predicado un viernes por la tarde, el 11 de junio de 1858, en la Tribuna del Hipódromo de Epsom.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés.



³ **Guinea** – Moneda de oro que se acuñaba en el Reino Unido.

⁴ **Crecidas aguas del Jordán** – La muerte.